



MOGOLIA.—ASPECTO DE UN MACIZO MONTAÑOSO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Ker-vyn. (Pág. 159)

CARTAS DE MISIONEROS

ZAMBEZA (AFRICA PORTUGUESA)

El Gobierno portugués expulsa á los Jesuitas de la colonia. — De cuán difícil es la conversión de los negros.

El decreto de expulsión de los Padres de la Compañía de Jesús de la Misión portuguesa del Zambeza, ha sido expedido para la fiesta de San Ignacio de Loyola de este año. Los Jesuitas abandonarán para esa fecha esa tierra, apellidada por uno de sus misioneros la «Misión del Calvario,» por el sinnúmero de padecimientos de que era causa. Para no abandonar á los cristianos, por orden del Padre General, quedarán cuantos Padres puedan en los límites del Zambeza inglés, en donde han comenzado ya á levantar chozas de paja y maderas en que poder guarecerse de los ardientes soles africanos. De las dificultades de una de esas Misiones próximas á cerrarse y del triste aspecto que ofrece su futuro, da idea la siguiente carta.

Miruru, 22 Abril, 1911.

TRES Padres, un escolástico y cuatro Hermanos coadjutores hemos trabajado hasta hoy en una circunferencia de tierra de 400 kilómetros de diámetro, en medio de una gentilidad bastante populosa. ¿Qué podemos hacer? Nada ó poco. Y es menester saber, para apreciar lo que digo, lo que son estos negros: materialistas prácticos que no cuidan más que de hallar medios para no tener hambre hoy. Y digo hoy, porque del día de mañana no se preocupan. Por eso decía que hacían

Año XIX. Núm. 379

falta misioneros y pesetas, porque la manera única de conquistar al negro es por el estómago. Esto es un poco bajo, pero es una triste realidad. De esta manera el negro se llega al misionero que le da pan ó paños para vestirse: por los paños *et alia* van quedando prendidos, hasta que San Pedro tira del paño y les mete en el cielo. Si no se hace así, el negro cuida de su *mapira* (grano de que hacen la masa para comer) y el misionero puede predicar hasta que muera, seguro de no ver su cara para nada. Si V. viniese con cuatro ó cinco buques cargados de paños y pesetas, convertiría V. en menos de un año toda la región de que antes le hablé, pero tendría V. en vez de cristianos verdaderos una gentilidad con el bautismo. En fin, que para hacer entrar lo sobrenatural en estas cabezas, más duras que las piedras, hay que sudar y volver á sudar, y á veces después de tantos sudores no entienden nada. Pero en compensación se gana mucho, porque da mucha más gloria á Dios en el cielo uno de estos negros que muchos blancos, porque en ellos se manifiesta mucho mejor la misericordia de Dios.

Por las razones dichas, cuido más en particular de los niños y niñas, porque les entran mejor las cosas por tener la cabeza blanda. Pero también esto tiene sus dificultades, porque las parejas que salen de nuestras

20 de Julio de 1911

manos aunque dan muchas esperanzas, por el continuo trato con los gentiles olvidan lo que aprendieron, y algunas veces se hacen medio gentiles. Es trabajo de generaciones. Puede ser que después de algunas generaciones vayan dejando las costumbres salvajes, y adquiriendo las maneras suaves de nuestro divino Maestro.

No quiero decir con esto, que todo sea agua arriba, no. Se salvan en esta Misión centenares de negros, por lo menos, niños y jóvenes, y si continuásemos de esta forma se tendrían varios miles de cristianos, algunos de ellos, muy buenos. Pero mirando al futuro, el corazón se llena de tristeza y desolación. ¿Qué será de estos pobres negritos? ¿Qué será de los miles de Poroma, Angonia, Chupanga y Quelimone? No lo sabemos. Lo que sí sabemos, y es lo único que sabemos (ha venido hoy la noticia, 22 Abril de 1911), que el término de la expulsión de los jesuitas del Zambeza está fijado para fin del próximo Julio. El Gobierno republicano pondrá para substituirnos á ocho de la Compañía y cinco Hermanas que cuidan de las muchachas, á dos sacerdotes seculares que no saben la lengua, ni tienen medio alguno para vivir aquí. Los dos sacerdotes vendrán para echar polvo en los ojos de Alemania, y pasados algunos meses cerrarán la Misión y se marcharán. ¿Y los negros cristianos? ¡Pobrecitos! En fin, nosotros haremos lo posible para socorrerles. Se está haciendo una huertercita en territorio inglés en la margen opuesta del río Ruangoa, á unas cinco ó seis leguas de Miruru, en un sitio llamado Katondue. Pero no tenemos casa, ni plantaciones, ni material de ninguna clase. Los misioneros tienen que vivir, pero... ¿y los medios? Dios los enviará por medio de corazones generosos. Confío en Dios que no se dirá de los cristianos y gentiles de Miruru: «Pobrecitos, no se salvaron porque los misioneros no teniendo con que vivir se marcharon.» Las casas de Miruru y su bella iglesia de tres naves aquí queda, y á nosotros nos arrojan de ella en nombre de la libertad.

Pero dirá alguien, ¿y por qué los negros no sustentan á los misioneros, como lo hacían los del Japón y otras cristiandades? Los negros siembran en Diciembre su mapira, y si la dan á su vecino, se quedan sin ella, porque los negros viven al día. Si un año hay poca mapira, pasan hambre, y si mucha, hacen una bebida y nada guardan. Además, el misionero no puede vivir de sólo eso. Sus comidas tienen que ser más alimenticias para que puedan trabajar, y necesitan casas, catequistas, á quienes hay que pagar, tienen que viajar, etcétera.

Encomiende á Dios esta Misión y que Dios le dé lo temporal y espiritual.—ANTONIO DA CRUZ, S. J.

SAN ANTONIO DE UREKA (GUINEA ESPAÑOLA)

Fruto de la labor del misionero

En carta particular, fechada el 19 de Mayo, da cuenta el reverendo P. Oretti, al Director de *La Guinea Española*, de los extraordinarios frutos apostólicos recogidos por los misioneros en el Sur de la Isla. El sol de la Religión alumbró ya aquellos hasta ahora casi desconocidos parajes de nuestra rica Isla, y como la

Religión y la Patria andan parejas, á España y á la civilización ábrense ya nuevos é importantes campos. Estamos ya vislumbrando nueva era de prosperidad en el Sur de nuestra Isla. Día llegará, y avanzando está con pasos de gigante, en que aquella región hasta ahora abandonada, se coloque al frente ó poco menos de las comarcas más ricas y adelantadas de la Perla de Guinea.

Entonces, cuando la crucen diferentes vías de comunicación, y cuando los penetrantes silbidos de la locomotora resuenen á la otra parte de nuestras imponentes montañas, todos se disputarán la pretensión de poseer allí siquiera un palmo de tierra.

Pero dejadas estas halagüeñas consideraciones de lo futuro, describamos la realidad actual, con algunos de los párrafos de la mencionada carta.

EN Ureka ha salido todo bien, gracias á Dios. Mucho se ha sufrido, el demonio ha ejercido una verdadera persecución; pero Dios había llamado al pueblo de Ureka para sí, y, valiéndose del celo del reverendo P. Horrit y de la ayuda de este pobre misionero, ha llevado á cabo su obra de un modo muy satisfactorio.

El pueblo íntegro se ha convertido, aunque por hoy no se han bautizado todos por razones que más tarde le iré comunicando.

Pasan de «setenta» los bautizados.

Muchos se han retirado por ver el cansancio que naturalmente tuve que sufrir, pues el sábado pasado, el domingo y el lunes los pasé administrando el santo bautismo; no pudiendo bautizarlos á todos de vez, por razones que se comprende fácilmente.

Varios, sin embargo, han venido á esta Misión para bautizarse aquí, corriendo grave peligro de perecer ahogados en el camino.

Otros me están esperando; pero hasta Diciembre es ya imposible ir allí, ni por tierra, ni por mar.

Aun esta última expedición la he hecho con miedo de tener que volverme á medio camino por la crecida de los ríos; pero gracias á Dios no ha sucedido así, aunque ha sido necesario sufrir un poco: lluvias, cansancios, etcétera...; pero la divina Providencia se muestra muy solícita en estas ocasiones, y muchas veces me viene á la boca aquello del Salmo: «Ha mandado á sus Angeles para que te guarden en tus caminos.»

Hoy, pues, amado Padre, podemos sumar á los pueblos católicos convertidos por el celo de los Hijos del Corazón de María el nuevo de Ureka: pues, á excepción de algunos viejos, todos los demás, ó están bautizados, ó lo estarán pronto.

Preguntados qué nombre cristiano querían que se impusiera á Ureka, lo dejaron á mi elección; y yo no titubeé un momento en imponerle con toda solemnidad, y en presencia del pueblo entero, el nombre de la que me dió el ser, como pequeño tributo á una madre amantísima, cristianísima y cuyas últimas palabras recogidas por otra santa, otra de esas almas que atraen hacia nuestra Patria las miradas de Jesucristo y la santa envidia de los católicos de otras naciones, la excelentísima Condesa de Gracia Real, D.^a Elvira Pérez de Vargas, fueron «¡Dios mío! os ofrezco mi vida, para que no os ofendan mis hijos.»

Es, pues, justo, necesario, imprescindible para mi corazón agradecido, que si en el diario de mi insignificante labor de misionero se halla algo que pueda redundar en mi loor, siquiera sea en pequeña cantidad, lo cubra con el nombre de quien fué mi madre y se llamo «Antonia.»

San Antonio de Ureka, es el nombre que por indicación mía y aclamación unánime se impuso al nuevo poblado indígena de Fernando Póo el día 14 del mes y año corrientes.

Surte de abundantes y cristalinas aguas al poblado un caudaloso río llamado San Antonio, que desagua en el mar á una media hora del poblado; pero antes de expirar el río San Antonio forma una hermosa cascada de muchos metros de altura, completamente blanca y que es la admiración de cuantos navegan de día por el Sur de esta Isla. Es la cascada Elvira Pérez que recoge el espirar del San Antonio.

FRANCISCO ONETTI, *C. M. F.*

NOTICIAS VARIAS

Madrid: El Congreso Eucarístico

VIVA Jesús Sacramentado y viva España!—Orgullosa puede estar España del éxito del Congreso Eucarístico. Bien puede apropiarse ante Europa y ante el mundo entero las palabras que con legítimo orgullo repetían los hijos de Israel, palabras que tienen en la Liturgia y en el caso presente perfecta aplicación á la Eucaristía. «No hay otra nación que tenga tan cerca de sí á su Dios como nuestro Dios está cerca de nosotros.» Y me figuro que lo mismo dirán los congresistas extranjeros de vuelta á sus respectivas naciones. Hablarán de Madrid, de Toledo, de Alcalá de Henares, del Escorial, y hablarán de nuestras estupendas joyas eucarísticas; y citarán los nombres de nuestros poetas, oradores y pintores eucarísticos, y exclamarán una y otra vez con acento de profunda convicción: «No hay en el mundo nación alguna que esté tan en contacto con la Sagrada Eucaristía, ni tan identificada con su culto y adoración como la nación española.» Esto lo dirán, lectores muy amados, y dirán la pura verdad. Alegrémonos por ello, y prorrumamos en este grito valiente que es la cifra de grandezas pasadas y el presagio infalible de futuras grandezas: ¡Viva Jesús Sacramentado! ¡Viva España católica!

El Congreso Eucarístico se ha desarrollado en serie no interrumpida de funciones espléndidas: la llegada del Legado Pontificio, la recepción del clero y de la clase civil, las solemnes Asambleas celebradas en San Francisco el Grande, las secciones particulares tenidas en el Palacio de Exposiciones del Retiro, la sección Hispano-americana, y en sus propios locales la Alemana y Austro-húngara, la Francesa, la Inglesa, la Irlandesa y la Italiana; el Certamen Eucarístico verificado en el Teatro Real; las concurridas Comuniones generales, organizadas en distintos días y en distintos templos para niños, para niñas, para señoras y para caballeros; la Comunion general de niños y niñas en número de 25,000 verificada en el Parque del Retiro, y sobre todo eso la espléndida, la imponentísima procesión por las vías céntricas de la Corte con desfile de cuanto grande guarda la capital española, todo ha contribuido, en conjunto maravillosamente armónico, al magnífico cántico de amor, que el pueblo español ha dedicado, con la fe, con el entusiasmo, con la potente virilidad tradicionales en nuestra raza, á Jesucristo Redentor del mundo, oculto en el Sacramento de su amor.

La visión del Congreso Eucarístico de Madrid deja seguramente honda huella, no sólo en la memoria de los congresistas, sino también en la conciencia del pueblo madrileño; que tan espontáneamente ha respondido á sus sentimientos eucarísticos, manteniendo engalanada la población durante todos los días del Congreso.

Y no fué sólo Madrid, sino que fué toda España, sus ciudades, sus villas, sus pueblos, sus caseríos, sus monasterios y sus ermitas, todos el día 29, de conformidad con él, por el espléndido, conmovedor programa con que encabezábamos nuestro último número, mantuvieron expuesto la Divina Majestad, y lo pasearon triunfalmente por calles y plazas alfombradas de flores, cubiertas de gallardetes y banderas y, lo que vale incomparablemente más, de fieles que al paso de la Hostia santa doblaban la rodilla y adoraban al Señor.

¡Gloria á España! del rey hasta el último mendigo, todos los que de españoles nos preciamos, hicimos dicho día pública profesión de fe católica.

CRISTO VENCE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA. Él arrojará del solar patrio los hijos descastados que blasfeman. Y la España del siglo XX será lo que siempre ha sido: la nación eucarística por excelencia, baluarte del Catolicismo, defensora, propagadora, y, cuando precisa, mártir de la fe.

Roma

CONSOLADOR aumento de la jerarquía católica.—La jerarquía católica va recibiendo cada día nuevo aumento. Por Decreto de 1.º de Marzo, la Congregación de Propaganda creó dos Vicariatos Apostólicos, el de Marianas y Carolinas, y el de Guam, ambos confiados á los Padres Capuchinos.

El 7 de Abril se creó la Prefectura Apostólica de Ubanghi (Congo belga), también confiada á los Padres Capuchinos.

El 8 del mismo mes se erigió el Vicariato Apostólico de Tai-ku, en Corea, á cargo de los Misioneros del Seminario de París, siendo nombrado primer Vicario Mons. Florianio Demange, con el título episcopal de Adrasso (Isauria).

Item el 12 de Abril el Vicariato de Shen-Si Septentrional, China, á cargo de los Padres Franciscanos, designando para Vicario el P. Celestino Ibáñez, natural de Becerril (Palencia), dándole el título de Obispo de Bagis (*Sirge*, Lidia). De este nuevo vicariato publicamos más detalles en este mismo número.

El 2 de Mayo la Prefectura de Ho-Nan Occidental (China) fué también erigida en Vicariato Apostólico, á cargo de los Misioneros del Instituto Emiliano de San Francisco Javier.

Portugal

La protesta del Episcopado.—A la inicua Ley de separación dada por el tiránico Gobierno portugués, han contestado los Prelados con viril protesta, de la que copiamos los siguientes párrafos:

«Ya fué asestado el golpe... Recelábamos durezas, sujeción, regateo de derechos, penosa reducción de indispensables recursos materiales, injusticias, y nuestros recelos fueron sobrepajados, pues sobre nosotros caen atrocidades, tiranía, afrentosa humillación, confiscación y sarcástico escarnio... ¿Pretenderá alguien que los Obispos portugueses, cual gladiadores romanos, saludemos á los autores del atropello gritando como aquéllos: *Ave Cesar: morituri te salutant?* Nadie espere de nosotros tal indignidad... Nadie nos juzgue sediciosos ni revolucionarios, pues ni predicamos revueltas, ni excitamos hostilidades, sino que reclamamos contra la injusticia y la violencia. No sólo como prelados nos dirigimos al clero y á nuestros diocesanos, sino que hablamos á todos nuestros compatriotas, sean las que quieran sus creencias religiosas. ...No acusados, sino condenados sin proceso y sin culpas, fueron la Religión, la Iglesia católica y sus ministros por el decreto de 20 de Abril del Gobierno provisional de la República. En la República francesa vacilaron los Gobiernos durante treinta y cinco años; la cuestión fué largamente debatida en el Parlamento. Aquí no se pudo aguardar ni unos meses, ni

aun días; era preciso dar el golpe antes que terminara el período dictatorial. ¿Ley?... No es digna de tal nombre la que, pugnando con la justicia, no expresa la voluntad nacional ni aun de una mayoría. ...Se resume en cuatro palabras: *injusticia, opresión, expoliación, ludibrio* »

Prueban que es injusta por su oposición á los derechos divino, público, canónico, civil y natural, y razonan tales calificativos diciendo entre otras cosas: «No es separación, ni divorcio, sino abusivo atropello; no es neutralidad, sino propósito descarado y evidente, no de fiscalizar, sino de esclavizar la Iglesia; es opresión sobre el culto ejercida al sujetarlo al arbitrio de Corporaciones laicas..., las consecuencias de todo ello serian imposibilidad de que los Obispos entraran en sus sedes y los párrocos en sus iglesias parroquiales. Intolerable opresión en las relaciones entre el Pontífice, los Obispos y los fieles, imponiendo el previo examen hecho por los gobiernos de Breves de Su Santidad y pastorales episcopales, y negándoles publicidad sin el beneplácito gubernamental. Expoliación, negándole á la Iglesia el derecho de poseer lo que le corresponde legalmente como Sociedad externa, visible, perfecta é independiente. El Estado, tan sólo en esto socialista, se proclama único propietario de los bienes de la Iglesia. ¿Con qué derecho? Con uno solo: el de la fuerza.»

Refiriéndose después á la hipócrita concesión de miserables y contadas pensiones sacadas de una pequeñísima parte de los bienes arrebatados á la Iglesia, dicen los Prelados portugueses: «*Por nuestra parte desde luego renunciamos terminantemente tales pensiones, que no podemos aceptar decorosamente.* El Gobierno de los Estados Unidos no remunera, es cierto, á los ministros de ningún culto, pero respeta sus legados en favor de la comunión católica; sus ministros están exentos del servicio militar... Con oprobio del clero, se le ofrecen pensiones en condiciones indecorosas, y se le abofetea con la afrentosa invitación á la indisciplina y la inmoralidad; con afrenta suya se mantienen tales pensiones á los privados de licencias; nuevo insulto al clero es declarar tales pensiones transmisibles á viudas é hijos legítimos é ilegítimos de sacerdotes. Basta este artículo 150 para definir la ley y patentizar sus propósitos. Podrá haber degenerados y tráfugas; pero el clero nacional, en su gran mayoría, rechazará el ultraje, porque sabe que, entre otras razones que lo abonan, el celibato eclesiástico es uno de los fundamentos en que se asienta la superioridad del sacerdote católico sobre el de las otras religiones. Si la fórmula *Iglesia libre en el Estado libre* no puede ser aceptable ideal, siempre sería preferible á la de *Iglesia esclava en el Estado amo.*»

Calificase luego la ley de «hostilidad formal que inaugura inminente persecución,» con su ya confesado propósito de matar el Catolicismo en Portugal. Y en la última parte de la protesta se insertan, entre otros, los siguientes párrafos: «La Religión católica dejó de ser la del Estado, mas no por ello dejará de ser del pueblo portugués... En estos tiempos de utilitarismo dará el noble ejemplo de sacrificar las ventajas terrenas á la santidad de principios. Hablará Roma, y entonces ya sabe el clero portugués que sólo hay dos caminos: el de la obediencia y el de la apostasia... Hechos ya públicos nos autorizan á confiar en que los sacerdotes portugueses seguirán el que les marcan sus Prelados... Y con la sinceridad de Pedro, mas con mayor firmeza, podrán decir al Hijo de Dios: «Dispuesto estoy, Señor, á acompañaros á la cárcel y á la muerte.» Siguen las firmas de los Obispos portugueses.

Bélgica

MUERTA ilustre: *La Superiora general de las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús.*—La muy reverenda Madre Digby, in-

glesa de origen, y Superiora general de las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, falleció el 21 de Mayo pasado en Ixelles (Bruselas), donde residía desde que la citada Congregación fué expulsada de Francia.

En los funerales que se celebraron en la iglesia de Nuestra Señora des Tables, en Montpellier, ofició Mons. Cabrières, obispo de la diócesis, quien pronunció una notable oración fúnebre, en la que recordó las virtudes y méritos de la reverenda Madre Digby, quien por mediación de la Santísima Virgen se convirtió al Catolicismo en aquella misma iglesia.

MISIONEROS al Transvaal.—El 1.º de Mayo próximo pasado partieron para la nueva Prefectura Apostólica del Transvaal Septentrional varios monjes benedictinos de la Provincia belga á las órdenes del Rmo. P. Idefonso Lanslots, primer Prefecto Apostólico, profeso del Monasterio de Affligem. Eran éstos los PP. Victor Van-Schepdael, Federico Osterrath y Deocaró Borginon, monjes del mismo Santuario, y Libencio Schepers, de Merkelbeek en Holanda, más los Hnos. Guido Antoons, de Affligem, y Martín Baert, de Termonde. Acompañáronles hasta el puerto de Amberes los Rmos Padres Abades de Termonde y Merkelbeek, éste Visitador de dicha Provincia. El día 30 de Mayo desembarcaron en Durban, reuniéndose poco después á los Misioneros que allá les esperaban.

Holanda

Los Terciarios Franciscanos.—Apenas hace sesenta años que los católicos holandeses disfrutaban de la libertad de cultos conseguida como un gran bien en aquella nación á fuerza de innumerables sacrificios y trabajos. Pio IX restableció la jerarquía católica en 1853. En el 84 se consiguió la enseñanza religiosa para las escuelas; y á partir de esa fecha, los católicos, en número de 300,000, han alcanzado la respetable cifra de un millón y medio, dirigidos y administrados por 5 Obispos y 3,000 sacerdotes. Los Terciarios de San Francisco, aunque en número todavía reducido, trabajan infatigablemente en la propagación de la fe y de su Orden. Ultimamente se nota entre los holandeses una corriente de simpatía hacia esta rama del árbol franciscano, que augura brillantes y próximos frutos. Se ha celebrado recientemente un Congreso de Directores de Hermandades. *Saint Franciscus Maandschrift*, en su número de Marzo último, enumera los centros más importantes de Fraternidades Terciarias. Se hallan establecidas en Rotterdam, Breda, Delft y Veert.

Tierra Santa

IMPORTANTÍSIMO descubrimiento en el monte Olivete.—Esta vez no han sido los americanos, ni los ingleses ó alemanes los iniciadores de semejante empresa, sino que el honor cabe á los reverendos Padres Blancos de Africa. El antiquísimo y célebre santuario nombrado en griego *Eleona*, edificado sobre el monte Olivete gracias á la munificencia de Santa Elena, y destinado juntamente con el otro del *Imbobon* á conmemorar la subida de Nuestra Señora á los cielos, había sido considerado en los primitivos tiempos del Cristianismo por demasiado importante para que pudiese pasar desapercibido á los críticos y palestinólogos modernos. Víctima del tiempo y de manos destructoras, no habia quedado huella alguna visible de tan magnífico monumento, hasta que en 1901 el reverendo P. Cré, de la Congregación de los Padres Blancos de Africa, empezó á hacer las primeras investigaciones, las cuales, lejos de debilitar la hipótesis de que dicho Santuario debia hallarse en lugar que ocupa hoy el llamado del *Pater noster*, contribuyeron á robustecerla y confirmarla. Pronto cumplirá un año se emprendieron trabajos en toda forma, y las excava-

ciones verificadas con el método y escrupulosidad que semejantes trabajos exigen acaba de poner al descubierto y á la observación de todos los eruditos el esqueleto de aquella grandiosa Basílica constantiniana, uno de los santuarios que ya en el siglo IV tanto entusiasmaban á la simpática peregrina española Santa Eteria. Si alguno de los lectores deseara detalles más extensos, precisos y científicos sobre el particular, le recomendamos vivamente el concienzudo relato y estudio que de dichas excavaciones acaba de hacer el conocido arqueólogo dominico P. H. Vincent en la *Revue Biblique*, Abril del presente año, ilustrado con grabados y diez planchas fuera del texto. Es un trabajo de mucho mérito y al mismo tiempo un admirable ejemplo de la escrupulosidad y tino con que precede hoy la sana crítica en la identificación de lugares bíblicos ó históricos, contra los que, sin tomarse la molestia de entrar de lleno en estos estudios, creen ciertas identificaciones procedentes de la ligereza y temeridad de alguno que otro *soi disant* arqueólogo —B. U.

(De la *Rev. Montserratina*).

Antioquía (Siria)

MISIONES de Monte Casio —A diez horas de Antioquía, á orillas del famoso río Oronte, dos misioneros españoles, los reverendos PP. Luis María Tuesta y Alejo Marquínez, trabajan en la obra santa de la conversión de los infieles de Siria con muy venturosos resultados. Hace diez años que aquellas Misiones del Monte Casio se abrieron, y aunque en los últimos años los turcos incendiaron la residencia de aquellos beneméritos propagadores de la verdadera civilización, se reúnen en aquellas escuelas más de doscientos niños; sobre todo en Baghgiagaz, donde antes no había un solo católico, ahora no se ve ni un cismático ni un protestante, y todos han abrazado el Catolicismo, bendiciendo los trabajos apostólicos, de donde para ellos han provenido tan copiosos frutos espirituales y temporales.

China

NUEVA Prefectura Apostólica.—Con breve del Sumo Pontífice, data 12 de Abril del corriente año, el hasta hoy existente Vicariato Apostólico del Shen-Si septentrional, que en la China regentaba la Orden de los Menores, ha tenido á bien la Santa Sede dividirlo en dos Vicariatos distintos y separados, uno con el nombre de Vicariato Apostólico del Shen-Si central, y otro con el de Vicariato Apostólico del Shen-Si septentrional. El primero de estos dos Vicariatos comprende el territorio principal de la antigua Misión franciscana del Shen-Si septentrional, situado hacia el Mediodía del Shen-Si. El segundo se extiende por la parte más montañosa y más boreal de la misma Misión, y abraza por un lado las dos Prefecturas civiles (en lengua china *Fu*) de Fu-Lin-Fu, con cuatro subprefecturas (*Shien*) y un chow, y de Ye-An-Fu con sus diez subprefecturas; y por otro las dos ciudades de segundo orden (*chow*), es á saber, Suci-Te-Chow con sus tres subprefecturas (*Shien*) y Fu-Chow con sus tres subprefecturas. La razón principal que ha movido al Santo Padre á desmembrar en dos el existente Vicariato Apostólico fué por el acrecentamiento que todos los días va adquiriendo en la China la Religión de Jesucristo, especialmente en las apartadas y montañosas regiones hacia el norte del Shen Si septentrional, donde á efecto de incesantes y recientes trabajos se recoge una mies sobreabundante y consoladora de conversiones.

En Vicario Apostólico de este nuevo Vicariato ha sido elegido, con Breve Apostólico, fecha arriba dicha, el muy reverendo P. Celestino Ibáñez Aparicio, de la Provincia de Santiago de Compostela, creado Obispo titular de Baji (en Lidia),

*

en memoria y homenaje del difunto Mr. Fogolla, de la Provincia Minorítica de Bolonia, que era del mismo título episcopal, y que fué martirizado en China durante la revolución de los boxers en 1900.

Nació el P. Ibáñez el 19 de Mayo de 1873 en Becerril (Palencia). Vistió el hábito franciscano el día 15 de Octubre de 1891; profesó el 16 de Octubre de 1892, y después de terminados los estudios y recibido el Presbiterado en 1899, pasó á las Misiones de China, en las que venia trabajando con gran celo.

El estado actual del Vicariato es el siguiente: Los cristianos católicos llegan próximamente á unos 2,000 con más de 15,000 catecúmenos. Hay inscritos en la Misión doce sacerdotes franciscanos españoles y algunos chinos pertenecientes á la Primera Orden, junto con unos cuantos más sacerdotes seculares Terciarios, también chinos, que todos á cual más trabajan en la viña del Señor con celo verdaderamente apostólico.

De kia bien (China)

NEÓFITO ejemplar.—*Misa del gallo* —De una carta del reverendo P. Fr. Francisco Bernat, O. F. M., extractamos los siguientes párrafos:

«En el pueblo de Mot-sui-chon, distante de aquí unos 50 ly, hay un hombre famoso. No conoce muchos caracteres, pero habla como un gran literato. Todos, aun el mismo mandarín, le temen. Nuestro hombre oyó decir que en De-kiá-bien había un sacerdote europeo que tenía á su cargo el cuidado de la iglesia cristiana edificada el año precedente por otro sacerdote europeo; más aún, que algunos chinos vivían bajo la jurisdicción de aquel europeo siguiendo su misma Religión. Ignoro aún los motivos que le impulsaron á obrar así; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el otro día vino á De-kiá-bien, y se presentó á la iglesia pidiendo, deshecho en llanto, que le admitiéramos en la Religión católica. Estaba hecho un mansísimo cordero. Dile esperanzas y envié un cristiano con él para que pusiese en la casa del nuevo catecúmeno el Shan-ho, esto es, el Santísimo Nombre de Jesús; le di el Tso-van-quo (libro de oraciones) y se volvió á su pueblo gozoso, ensalzando y alabando al Señor y á su Iglesia. Algunos días después supe que aquel hombre y toda su familia rezaban como si fueran cristianos viejos. Dícenme que son muchos los chinos que en aquel pueblo se convierten por el apostolado incesante y fervoroso de aquel neófito.

«La vigilia de Navidad pasé el río Amarillo y fuí á Shen-si, para ayudar al P. Largheti. Por la noche, á las doce, cantamos Misa del Gallo, á usanza de España. La iglesia no era bastante capaz para contener la muchedumbre de cristianos que habían acudido de los alrededores, ávidos de solemnizar el natalicio del Señor. Sacristía, presbiterio, atrio, plaza, todo estaba lleno á rebosar... Y permanecieron arrodillados y rezando hasta las once de la mañana, oyendo todas las Misas y sin pensar en desayunarse... ¡Cuando uno ve espectáculos semejantes en este país de la gentilidad, no puede menos de acordarse con lágrimas en los ojos y tristeza en el corazón de los que ha presenciado en las naciones cristianas de Europa!

Sirmania

LA leprosería de Regnou.—En una relación que publica *La Croix*, de París, en su número del 28 de Marzo, el P. Frignet, director de la leprosería de Regnou, tributa grandes elogios á las Franciscanas Misioneras de María, encargadas desde 1899 del servicio de aquellos infelices, cuyo número fluctúa entre 120 y 130, y cuyos gastos no bajan de 2,500 francos

mensuales, sufragados en su cuarta parte por el Gobierno de Birmania.

Entre otras alabanzas, leemos lo siguiente: «La abnegación de nuestras buenas Franciscanas produce frutos manifiestos de conversión.

«Recientemente hemos presenciado uno muy curioso. Un monje budista contagiado de lepra, fué expulsado de su casa y denunciado luego por los otros bonzos á la policía, que lo condujo á nuestro asilo. Encerrándose en la más absoluta reserva, principió por rechazar los servicios de las Hermanas, permitiendo únicamente la aproximación de un enfermero: pero no tardó, con todo, en sentirse subyugado por las demostraciones de solicitud de aquéllas. Preguntando sobre el particular á los leprosos: «¿Sirven por dinero esas mujeres?» y recibida una respuesta negativa. «Esas mujeres, exclamó lleno de asombro, no son como las demás,» y solicitó inmediatamente sus servicios. Poco después su alma se abrió á las influencias de la gracia, recibía el bautismo dos ó tres días antes de la Asunción, y moría el día de la fiesta reconciliado con su Dios »

Uruguay

LA persecución religiosa—Según noticias que publican las revistas americanas, el nuevo presidente del Uruguay, Batlle y Ordóñez, ha entrado en su mando con pujos anticlericales. Parece que entra en su programa la separación de la Iglesia y del Estado, con toda la secuela de leyes persecutorias. Ya se ha suprimido la legación del Uruguay ante la Santa Sede; se prepara un decreto para proceder á la confiscación de los bienes pertenecientes á Ordenes y Congregaciones religiosas; quiérense suprimir los honores militares que establece el Código Militar para el Santísimo Sacramento y los sacerdotes; y se ha presentado á la Cámara un proyecto de ley, en cuya virtud quedarán suprimidas las fiestas religiosas y se substituirán por otras de carácter laico.

Contra semejantes proyectos ha levantado su voz de protesta el administrador apostólico D. Ricardo Isasa, obispo de Anemuro. En esta pastoral, que publica íntegra *La Perla del Plata*, se condena la separación de la Iglesia y el Estado, la persecución de las Ordenes religiosas, el servicio militar de los clérigos y el despojo de los bienes de la Iglesia. La fecha en Montevideo á 30 de Mayo de 1911.

Embarque de Misioneros

El 9 de Julio embarcaron, en Barcelona, el infatigable misionero de Fernando Póo, R. P. Lorenzo Sorinas, del Corazón de María, en compañía de los RR. PP. Bienvenido Pereda, Alberto Hernán y Pedro Gállaga, y de los Hermanos Coadjuutores Hilario Sancho y José Markins, todos para aquellas posesiones españolas.

NECROLÓGICAS

El R. P. Venancio Palencia, O. F. M.

Era este misionero hijo de un pueblecito de la provincia de Guadalajara y diócesis de Cuenca, nació el día 18 de Mayo de 1861. Sus cristianos padres le educaron, lo mejor que pudieron, en la santa Religión católica.

Llamado por Dios al estado religioso, vistió el hábito fran-

ciscano el día 10 de Septiembre de 1878, en el convento noviciado de la villa de Pastrana.

Terminados los estudios filosóficos, teológicos y canónicos, fué mandado á Filipinas el año 1886, en cuyas Misiones estuvo durante doce años, ocupado en la cura de almas en el pueblo llamado Tarangnan, sito en Sámar, pueblo entonces de unas 5,718 almas. Allí estaba cuando tuvieron lugar los acontecimientos del año 1898.

En tan críticas circunstancias algunos de los Padres salieron para Macao, entre ellos iba nuestro P. Palencia, junto con su compañero P. Victorino Fernández.

Los dos fueron destinados al Vicariato del Hu-pé Oriental, en la segunda quincena de Enero de 1899; se ocupó, tan pronto como poseyó el habla china, en sus tareas apostólicas. En dos distintos puntos tuvo sus cristiandades. Las de Lodingjú primero, y últimamente las de Singti, donde el divino Jesús le mandó hacer alto y llamóle á descansar. Sintiéndose enfermo, determinó bajar al hospital el día 13 de Agosto del año pasado de 1910; mas al llegar á embarcar, notó que apenas había viento, y mucho ruido en la barquilla en que estaba, y mandó volver para esperar tiempo mejor. Pero se agravó notablemente el día de la Asunción de María Santísima.

Los buenos cristianos apreciaron su alarmante gravedad, y le avisaron que iban á llamar á otro misionero para que le administrara. Se lo prohibió, diciendo no ser necesario molestar á nadie. Los cristianos, empero, viendo el avance de la gravedad, desatendiendo la prohibición del Apóstol, partieron el día 16 de Agosto, y dieron aviso del estado del P. Palencia al misionero más cercano. Este era un agustino español llamado P. Anacleto. Partió al instante, y al llegar, pasado el mediodía del 16, le encontró delirando ya. Le habló y contestaba unas veces en latín, otras en chino, y eso que él le preguntaba en español. Después de un largo espacio recobró el sentido, y al ver al agustino español, se incorporó, y risueño, como si estuviera con celestiales regalos, dijo:

—¡Hola! ¿Es V. el P. Anacleto?

—Sí, P. Palencia, vengo á visitarle.

—Bien, bien; ¡un abrazo! Y tiernamente se dieron el último abrazo.

—Le encuentro, interrumpió el P. Anacleto, muy débil, P. Palencia, y muy grave á mi ver, y ya que estoy aquí, deseo tener el consuelo de auxiliarle en todo. Vamos á contesar.

—Bueno, respondió el P. Palencia, aunque yo no creí tenía tanta gravedad, le obedezco. Ya todo lo que hable es mi confesión, escúcheme V., P. Anacleto.

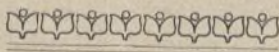
Y se confesó.

Recibidos los Sacramentos con el fervor seráfico, rindió su alma dulcemente al Supremo Pastor, á las once de la noche del mismo día 16 de Agosto.—R. I. P.

* * *

Fr. Miguel Andaluz, O. F. M.

Ha fallecido en Tánger Fr. Miguel Andaluz, religioso lego de la Seráfica Orden: era el finado uno de los franciscanos que acompañaron al general Martínez Campos en la Embajada española enviada al Sultán el año 1894. Su muerte ocurrida en Tánger el 28 de Abril, ha sido ejemplar como su vida, y su entierro, presidido por el Ilmo. Sr. Obispo de Fessea y por el Excmo. Sr. Ministro de España, imponente manifestación de duelo.—D. E. P.



República de Bolivia.—Cómo los misioneros franciscanos de la Prefectura de Tarata trabajan para la conversión y civilización de los salvajes.

(Conclusión)

Movimiento comercial y de pasajeros.—Ha disminuído algún tanto en el presente año, á consecuencia principalmente de la escasez de agua en los dos ríos, el de San Pablo, alias Itomama, y el Blanco, que forman el cuadro dentro el que está encerrada la región de Guarayos. En los almacenes, la carga se encuentra acumulada en grandes cantidades, pero su despacho tendrá que aplazarse hasta que los ríos den navegación. Advierto que mientras la carga permanece en los almacenes, las Misiones no cobran un solo centavo de almacenaje, y eso que la construcción de los depósitos ha consumido considerables jornales.

Los pasajeros, que son numerosos, son recibidos con cristiana caridad por los Misioneros, y hospedados en cómodas habitaciones, sirviéndoseles la mesa gratuitamente, en general guardan buen comportamiento, y tienen expedita la comunicación comercial con los neófitos, con sujeción al Reglamento de Misiones.

Como muchos neófitos no conocen el valor de los artículos que ofrecen en venta, ni el de los que se les entregan en cambio, algunos abusos cometidos en este orden me han obligado, en alguna circunstancia, á prohibir que el intercambio se haga especie por especie. Burlando la falta de vigilancia, el abuso se ha llevado adelante, de donde ha resultado, que buhoneros que han llegado á las Misiones con pocos cachivaches, se han retirado de ellas con grandes provisiones de granos, algodón y otros productos del país.

Ganadería y Agricultura.—Año por año, las Misiones hacen adquisición de algunos lotes de ganado, para el consumo de la población y para su reproducción en las estancias. Los precios que han llegado á alcanzar los semovientes, exigen erogaciones que no podrían hacerlas las Misiones, si el jornal de los neófitos, que prestan sus servicios á los patrones, no se hubiese elevado un tanto. Es así que la Prefectura de mi cargo ha dictado reglamentos equitativos, en que el jornal se eleva de setenta á cien centavos, tarifa mínima, si se tiene en cuenta, que los mozos libres, en cualquiera región del Beni, ganan de dos á cinco bolivianos diarios, quedando expuestos los patrones á ser abandonados en el momento más preciso, con pérdida de los fuertes anticipos que suelen hacer á sus trabajadores.

La lengüeta ó carbunco, en los últimos años, ha hecho estragos en el ganado de las Misiones, así como en toda la región de Mojos y Santa Cruz. La pérdida que con tal motivo se ha sufrido, ha sido considerabilísima.

La agricultura va intensificándose de año en año, y me cabe la satisfacción de informar á ese respetable Ministerio que los neófitos, de cuenta propia, ya cultivan buenos chacos, cuyo producto, deducida la parte necesaria á la sustentación de las familias, es vendido, ó directamente por los mismos neófitos ó por la Misión.

Los chacos de la colectividad han producido lo suficiente para el abasto de las personas que viven al abrigo de la Misión y para satisfacer los pedidos del comercio.

A este respecto, me he de permitir una digresión.

Los contratos que hacen los Misioneros, por servicios de los neófitos, por transporte de las cargas y por venta de los artefactos é industrias de las Misiones, han llegado á escandalizar á algunos pobres de espíritu, que no llegan á conciliar la pobreza franciscana con este género de comercio, á que ven entregados á los Padres.

De fijo si los Misioneros no produjesen artículos que den abasto al comercio, se los sindicaría de inútiles á la sociedad, y de menos aptos para el gobierno de las poblaciones que organizan con sus propios esfuerzos. Hacemos al salvaje productor y productor en escala que, no sólo da para el abasto de la población, sino para favorecer á otras poblaciones que, ó se dedican á otra clase de trabajos, ó viven de sus rentas. ¿Hay en esto algo de incorrecto? ¿Se querría que al neófito le hiciéramos servir de balde, ó que los productos de la Misión los distribuyéramos al primer comerciante, que en el peor de los casos, hoy mismo los realiza en el Beni, con una ganancia líquida del 100 por 100? Absurdo fuera pensarlo.

El escándalo desaparecería de ligero, si en el Conventor se distinguiese al Religioso particular y al administrador de Misiones. Como Religioso, en su vestido, comida y en todo su trato, él no debe dejar de ser, en ningún tiempo ni en circunstancia alguna, un humilde Hijo del pobrecillo de Asís: como Administrador de los bienes de las Misiones, en las transacciones que celebre, deberá buscar las mejores ventajas para sus neófitos, sin permitir que se defrauden los intereses de las Misiones.

Me creo con derecho para asegurar, que hacen lo primero los Religiosos de mi jurisdicción; y el hecho consta á todo transeúnte que nos visita en nuestras viviendas y participa del plato que nos servimos. En cuanto á lo segundo, sólo debo añadir, que nuestra condición de Religiosos, no nos pone al cubierto de los hombres de mala fe, que juzgan haber pagado con creces á la Misión, por haberlos dejado una inútil firma, puesta al pie de una obligación, que olvidan muy pronto haberla contraído.

Volviendo al asunto de las industrias agrícolas, debo consignar, que en el presente año, la sequía y las quemazones han dado cuenta con los algodones, que significaban un fuerte subsidio para las Misiones.

Como ya he comunicado, en Oficio separado, al señor Ministro, en el mes de Octubre, la región de Guarayos, ha sido inundada por un ejército de langostas, que han acabado con los chacos. Volvió á hacerse la siembra,

pero las crías dejadas por las poco deseadas viajeras, las arrasaron por completo. Una tercera, ha corrido igual suerte, y otro tanto sucederá con la cuarta. Se han empleado todos los medios aconsejados para su extirpación, pero es tan crecido el número, que no deja lugar á fundadas esperanzas, de que pueda ser combatido con éxito.

Prófugos. Con las garantías que se exigen á los que quieren utilizar los servicios de los guarayos, se ha obtenido que el número de los que no vuelven se haya reducido considerablemente. En el presente año, no pasan de uno para cada Misión, los que no han regresado, y aun, respecto de éstos, se están haciendo gestiones para que vuelvan á su hogar.

En cambio, la situación de los que se separaron de las Misiones en los pasados años, sigue la misma. No bajan de cien las esposas que ignoran el paradero de sus maridos que los Patronos retienen en sus establecimientos, en cierta clandestinidad, para que no lleguen los Misioneros á tener conocimiento de su paradero.

Escuelas. En los Anales de estas Misiones, ocupará un lugar preferente la crónica de lo que se ha hecho en el presente año, en orden á la educación intelectual de los neófitos. En Agosto y Septiembre, respectivamente, en las Misiones de Urubichá y Ascensión, se ha hecho la solemne inauguración de dos Colegios, en cuya construcción, que ha durado tres años, no se ha omitido sacrificio, para que resultasen elegantes, prácticos é higiénicos. El de Urubichá consta de tres salones, uno de los cuales, por su amplitud y elegancia, bien podría servir para las actuaciones de una escuela, en una ciudad. El de Ascensión es un Colegio completo, dividido en seis compartimientos en que actúan los distintos grados, con interiores higiénicos, jardín, una sección de recreo, sala de labores, horno, cocina, y elegantes habitaciones para vivienda de los Maestros y Maestras. Estas habitaciones, construídas ya en número de tres, completarán el número de diez durante el año á que ingresamos. Yotaú no ha construído un colegio nuevo, porque cuenta con uno muy cómodo. San Pablo tiene escuelas modestas, proporcionadas á su escasa población, y Yaguarú va acumulando materiales para construir otro, de las proporciones del de Ascensión.

En todas las Misiones, á más de las escuelas generales, en que se enseña el rezo, en ambos idiomas, los cánticos, la numeración y conocimiento de objetos, para que de allá los alumnos pasen, después de las distribuciones escolares, al trabajo, se tienen secciones especiales de alumnos de ambos sexos, que se dedican al estudio de las letras, que abarca el programa adoptado en las escuelas municipales de Santa Cruz. Los alumnos que concurren á estas escuelas entienden y aun hablan ya discretamente el castellano, aprenden el modo de portarse en la sociedad, estudian la música por principios; y las niñas se dedican también al aprendizaje de trabajos mujeriles, con éxito bastante satisfactorio. El menaje de las escuelas es elaborado en las mismas Misiones; y los textos y cuadros, en la parte que han podido obtenerse, han sido costeados con fondos comunes. ¡Cuánto agradeceríamos al señor Ministro de Colonización, tuviese la amabilidad de enviarnos á nosotros también un pequeño lote del material educativo, que

tan pródigamente se dispensa todos los años á los establecimientos fiscales!

Las becas creadas por el Gobierno nacional, á favor de los guarayos, no han podido ser aprovechadas, por los motivos que en el oficio respectivo expuse al Ministerio. Sobre esos motivos, llamo otra vez la atención del señor Ministro, en la seguridad que ha de tratar de removerlos. Siguen todavía en Santa Cruz en el Colegio de educandas cuatro neófitas, habiendo sido retiradas dos, cuyos conocimientos los voy aprovechando en la escuela de Ascensión.

Moralidad de los neófitos. Para apreciarla, suministraré al señor Ministro los siguientes datos: en las Misiones no se da el caso de públicas y escandalosas relaciones ilícitas; los casos de robo no pasan de mendencias; las riñas, que rara vez tienen lugar, casi nunca han revestido un carácter grave; el vicio de la embriaguez, propiamente tal, no es conocido. Las fiestas se celebran con toda circunspección, y aunque la gente, en tales circunstancias, se recrea más de lo acostumbrado, á las ocho de la noche, todos se recogen á sus respectivos domicilios. En los días no feriados, están prohibidas las reuniones en los lugares en que se bebe, y la población entera se dedica al moralizador trabajo. Los preceptos de la Iglesia, relativos á la Confesión y Comunión anual, son puntualmente cumplidos, y cuando prevén que la vida se les va, se apresuran á solicitar ellos mismos los Santos Sacramentos.

Las cartas que tengo de las personas á quienes han servido, están llenas de encomios á la laboriosidad y honradez del Guarayo, y si algún caso de hurto ha sido denunciado alguna vez, muchas veces se ha comprobado que sus autores no habían sido los guarayos.

Todas estas buenas cualidades, las pierde el neófito en una ocasión: cuando toma con exceso el infernal licor. En las Misiones carecen de ocasión para embriagarse, mas cuando van afuera, las caídas no son raras. En tales circunstancias, dan pruebas de que no se han extinguido en ellos los instintos salvajes. Dos ó tres casos sangrientos, que se han verificado en los últimos tres años, han tenido por autores á antiguos prófugos guarayos, ya contaminados con el vicio de la ebriedad.

Por lo demás, el guarayo es sobrio, sumiso y trabajador. Cuando se le da buen trato, sabe corresponder á él, redoblando sus esfuerzos para servir al que no lo considera un esclavo.

Estas dotes, han creído algunos, que son frutos del rigorismo y del sistema penitenciario que atribuyen á los misioneros, á quienes los ven constantemente armados del látigo envilecedor, para caer sobre el primero que comete una falta. Nada menos cierto. No estaré averiguando si mis predecesores permitieron, en dadas ocasiones, algún mayor rigorismo en el trato de unos hombres que recién acaban de salir de la vida salvaje; mas puedo asegurar que en los cinco años que llevo de administración, el trato de los neófitos no ha podido ser más suave y paternal; y sin embargo, han pasado fiestas clamorosas, han pasado semanas y meses, en que no ha habido ocasión de apelar á más recursos que á los de la exhortación, para obtener de los neófitos el más exacto cumplimiento de sus obligaciones.

Sin pertenecer á la escuela de Rousseau, que busca

el ideal de la vida humana en el estado salvaje, tengo íntima convicción, que los bárbaros que viven en nuestros bosques, son por naturaleza de índole pacífica, y la voz de la ley natural es la regla que dirige sus actos. Es la mal llamada civilización la que los malea, con sus pésimos ejemplos, con los medios que les suministra para su depravación y con las provocaciones de que los hace objeto. En prueba de ello: casi todas las tribus conocidas se demostraron humanitarias y pacíficas, cuando han sido descubiertas. La codicia de brazos, el miedo cerval del blanco á la vista de un salvaje, en cuyos pechos ha clavado una bala, han despertado en el bárbaro los instintos adormecidos, y las represalias á que se ha sentido arrastrado, han creado el pánico en las selvas, que no pueden ser atravesadas, sin contar con medios de defensa, que se estrellan las más veces, ante el elemento del número y de la naturaleza combinados.

Estado sanitario y demografía. —

El clima de las Misiones de Guarayos, aunque cálido, es, sin embargo, bastante sano, ni se conocen en ellas enfermedades endémicas. No obstante, de algunos años á esta parte, la coqueluche y la influenza han venido segando muchas vidas. En tales circunstancias no se cuenta con un facultativo para el diagnóstico, ni para la prescripción del tratamiento. Los Misioneros suplen á estas deficiencias con la práctica adquirida, y con la consulta de autores de medicina, disponiendo, por otra parte, de bien surtidos botiquines, que se adquieren con fondos comunes.

La costumbre que tienen los neófitos de dormir con fuego bajo sus hamacas, costumbre que va combatiéndose con éxito, suministrándoles buenos abrigos), ha desarrollado entre ellos la plaga de la tisis, que también va haciendo algunas víctimas.

Debido á tales plagas, el aumento de la población ha sido poco tangible en los últimos años, menos en el presente, en que la población guaraya ha aumentado por no haber cundido, con felicidad, la coqueluche.

Nuevas fundaciones. — El Oriente boliviano y toda la región del Noroeste, están atestados de numerosas tribus salvajes, conocidas unas, y otras de las que aún se ignora el nombre. Imposible es determinar el número de almas á que pudieran alcanzar, pero no lo es afirmar el hecho de que todos ellos constituyen una seria amenaza para los viajeros, y un obstáculo á la industria gomera y á la exploración de los yacimientos metálicos existentes en los montes y llanuras, dominadas por las hordas bárbaras. Pensar en destruir á bala este elemento, á fuer de ser un pensamiento criminal, condenado por las leyes divinas y humanas, sería pensar



MOGOLIA.—MENIR NATURAL EN LA MONTAÑA.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 159)

en un imposible, porque la Naturaleza se ha encargado de proteger la existencia de estos infelices, rodeando sus moradas de toda clase de dificultades, como para que no puedan penetrar hasta ellas los hombres de la civilización. ¿Qué hará, pues, Bolivia, para librarse de los peligros con que los bárbaros la amenazan, y convertir á éstos en elemento provechoso á la sociedad? La respuesta es fácil presumirla, pero no realizarla.

Al tiempo de la conquista, el heroico esfuerzo de los Padres Jesuitas y Franciscanos, logró reducir á un gran número de tribus, y los que saben de historia no ignoran con cuáles felices resultados.

Lanzados del territorio de Mojos, los primeros, en la dominación del desacertado Carlos IV, y reducidos los Colegios de Propaganda de los Padres Franciscanos, en tiempo y después de la guerra separatista, á no tener ni el personal suficiente para el lleno de los deberes monásticos internos, pocas de las fundaciones que habían organizado pasaron á ser regidas por un Gobierno civil y un párroco, que no se diga dejaron de aprovechar del terreno que les preparara la mano del monje; otras po-

blaciones desaparecieron, merced á la sed de brazos, que despertó en los industriales el naciente tráfico de la goma y el transporte de la carga, por los tragaderos del río Madera; y las más, abandonadas á su propia suerte, de una noche á la mañana quedaron escuetas, porque sus moradores se ganaron el monte, de donde los arrancara la constancia del misionero.

El resultado fué, que se perdieron algunos miles de útiles ciudadanos para la patria: las ya bien implantadas industrias de cría de ganado, de chacarismo y de tejidos, desaparecieron: miles de vidas humanas fueron inmoladas sobre el altar del becerro de oro: se hundieron florecientes poblaciones, y la soledad y el silencio volvieron á reinar, donde antes la sociedad humana se traducía en importantes manifestaciones de activo trabajo.

Hubo más.

Al nacer á la vida institucional la república de Bolivia, sus fronteras no quedaron bien definidas por ninguno de los puntos de orientación; y como el principio de ocupación no ha podido sostenerse con éxito en regiones en que, después de dos siglos, no ha sido dable mostrar los vestigios de un antiguo centro social, organizado al amparo de las Autoridades de Santa Cruz ó Cochabamba, el codicioso vecino ha aprovechado esta circunstancia, para hacer suyos riquísimos territorios, que si se hubiese conservado la obra del Misionero, no hubiese podido tocar.

Son descalabros que podrían evitarse en lo futuro, si se llegase á reintegrar la obra, que en mala hora fué perdida.

¿Sería posible intentarlo con el empleo de los medios usados desde un principio, ó sea encomendando el éxito á los Padres Misioneros?

Téngase en cuenta que la conquista de hoy no es tan fácil como pudo serlo ahora cuatro siglos.

Entonces el hombre de la selva era pasta apropiada para vaciarla en el molde de la civilización cristiana: las naturales resistencias se vencían con una buena dosis de paciencia unida á otras iguales de celo apostólico, de sacrificio y abnegación. Hoy las cosas han cambiado. El bárbaro ha visto en el hombre civilizado á un

enemigo de su tranquilidad, de su libertad, de su familia y hasta de su vida. Para él ya no es éste el hermano, que compadecido de su suerte se preocupa crearle otra mejor. En el obtuso cerebro no penetra la idea de que el contacto con el blanco ha de colocarlo en la categoría de los seres racionales.

Odia al hombre de la ciudad con todas las veras de su alma salvaje, y traduce ese odio en los ataques, parciales ó colectivos, que tiende al atrevido mortal que osa penetrar en sus mansiones, ó el infeliz viajero que recorre descuidadamente los caminos por donde ellos cruzan.

Este odio, como es fácil presumirlo, lo extiende también al Misionero, cuyo carácter especial no alcanza á comprender.

Si en su cerebro pudiese hacerse penetrar la idea de que el Conversor es su mejor amigo, que se sacrifica para pulimentar en él la imagen de Dios, desfigurada por la vida bestial que lleva, acaso no estaría muy lejano el día en que las selvas del Gran Chaco boliviano, las playas de los ríos del Beni y los montes de los pueblos de Velasco y Chiquitos, recobrasen su antigua semblanza, y apareciesen centros de numerosas poblaciones, llenas de vida y de actividad.

Hay un medio para hacer conocer al Misionero con el bárbaro... poner á aquél en contacto con éste.

En la dilatada superficie que ocupan los salvajes, y que no dudo afirmar, que es igual á una mitad de la superficie total de la nación, imposible sería que quepa esta comunicación, mientras los Misioneros no extendiesen su campo de acción á una esfera más dilatada de aquella que ocupan en la actualidad.

Puestos en contacto con las tribus bárbaras, ellos podrían estudiar de cerca los medios adecuados, para conquistarlas á la civilización y á la Cruz, y los bárbaros mismos, de un modo ó de otro, llegarían á percibirse de su presencia y á darse cuenta de que, en medio de las persecuciones que los acosan, el áncora de salvación que les queda, es de ponerse al abrigo de su paternal autoridad.

FRANCISCO PIERINI, O. F. M.
Prefecto de Misiones.

RECUERDOS DE MI MISIÓN

· Mi capucho y una mitad de mi manto ·



COMO venía sucediendo desde que los misioneros llegamos á la villa de Zeitún, el 1.º de Diciembre de aquel infausto año 1895, todo seguía en relativa calma, si se prescinde de algunas noticias exageradísimas de nuevas crueldades turcas, y riñas y altercados en calles y bazares, cosa también en la que nadie paraba mientes, pues eran el pan cotidiano de zeitunleses ociosos, á los cuales estaba encomendada la plaza, mientras sus hermanos salían á merodear por las montañas. Aquel día, sin embargo, el barullo era mayor de lo or-

dinario, efecto tal vez de que era su teatro el bazar inmediato á las ventanas de la casa parroquial de los católicos en la que estábamos alojados; resultado de la gritería fué que por causas fútiles, ó mejor dicho, sin causa alguna particular, vinieran á las manos dos grupos de camorristas que representaban dos partidos contrarios.

En Zeitún, como en otras muchas partes de Oriente, el mal que lleva anejo el altercado entre dos individuos alistados en partidos contrarios, es que suscita inmediatamente cada uno á su favor, á todos los miembros que se dicen pertenecer á su respectivo partido.

Cuando la camorra del bazar de Zeitún estaba en su apogeo, acerquéme á una de las ventanas por ver si ocurría algo extraordinario; pero ¡quía! lo de siempre, corridas, amenazas y maldiciones las más raras y abominables; enseñándose mutuamente el puñal, plantándose los unos el revólver ante las narices de los otros, echándose á la cara los fusiles, atropellos, empujones, jirones, algún puñetazo suave y encuentros de armas al aire, y todo ello acompañado de un barullo tan endemoniado, que sería imposible describir; pero no se pasaba de ahí, porque tampoco podía pasarse, pues conociéndose mutuamente los camorristas, mutuamente se respetaban.

En medio de aquel remolino de gente noté, sin embargo, un tipo que, más atrevido ó más irreflexivo que nadie, comprometía bastante la situación, saltando en todas direcciones y repartiendo tremendos mojicones á cada uno de sus contrarios que le caían por delante, no bastando tres ó cuatro mujeres á detenerle en sus bárbaros empujes. Era éste un individuo que, atendida su vestimenta, parecía semi-fraille. Cubría su cabeza con un capuchón, pero verdadero capuchón franciscano, y traía sobre sus hombros una especie de manto, también franciscano, si bien más corto del que nosotros usamos y sin vuelo, tan ceñido á la espalda, que no parecía manto. No me extrañaba ver un paisano con capuchón, pues otros había visto, como también con sandalias, y, durante el verano, aun corona sacerdotal y el cerquillo en sus cabezas, según se les antoja, porque el oriental no se preocupa de los dimes y diretes del prójimo, observando al pie de la letra el refrán español de *ande yo caliente...*, pero lo que no acertaba á comprender era cómo habría venido á parar á Zeitún aquel capuchón, y de dónde habría salido manto tan raro (porque efectivamente era manto religioso)? ¿De dónde, pues, habrían venido dichos objetos? Llevado de mi curiosidad, cuando ya la camorra había terminado, aunque algunos de los camorristas (entre los cuales nuestro medio fraile) seguían soltando bravatas en medio de la calle, bajé dos ó tres veces al corral, acercándome á su portal por ver si encontraba pretexto para llamar á aquel tipo extraño, pero no pude conseguir lo que pretendía. Al fin acerquéme á un joven latino de Ienige-kalé que con nosotros habitaba en la casa parroquial, y díjele: «Mira, á ver si puedes saber de dónde ha sacado esa ropa el hombre que está ahí en la calle con capuchón y manto.»

Salió el joven á la calle, logró trabar conversación con el hombre en cuestión, y al poco tiempo volvió anunciándome que tanto el manto como el capucho eran de quién supondrá el lector?... míos, de mi uso, puesto que habían sido cogidos de una de las habitaciones de la Casa-misión franciscana de Ienige-kalé, en ninguna de las cuales, fuera de la que yo habitaba, existían juntas las dos mencionadas prendas. Y contaba el caso diciendo, que cuando el 17 del mes anterior, Noviembre, entraron los zeitunleses en nuestra Casa-misión de Ienige-kalé para recoger (ó apropiarse porque esto lo sabían hacer muy bien) lo que en ella de bueno se hallase, mientras los unos se esparcían por la iglesia, escuelas, cocina, etc., etc., el tipo de referencia con un su camarada entraron en mi habitación, y después de

meter á saco con toda prisa y en santa hermandad lo poco ó lo mucho que en ella encontraron, porque mucho era en efecto para mí y para ellos: un par de botas de montar, un par de sandalias, dos túnicas, dos calzoncillos de lana, tres ó cuatro pares de medias, algunos pañuelos de color, dos elásticos de burdo tejido, una faja, un chaquetón, un manto, un capucho de dormir, un reloj de bolsillo, una flauta de ébano de cinco llaves, algunas estampas, rosarios y todo lo demás de libros en turco, papel, plumas, lavabo, etc., que por necesidad se hallan en una habitación, cuando vinieron al reparto entre sí, ya una vez en Zeitún, en solas dos cosas hallaron dificultades para la formación exacta de dos partes iguales: la una era el manto, en compensación del cual no encontraban objeto proporcionado, y la otra era la flauta, instrumento que ellos jamás habían visto ni llegaron á sospechar, por hallarla dividida en cuatro pedazos colocados dentro de hermoso estuche, y que supusieron de gran valor al observar su madera lustrosa y sus llaves de metal bruñido. A ambas cosas hallaron al fin solución de reparto dividiéndolas por mitad. De la flauta se cogió cada uno dos pedazos, llevándose el estuche aquel que también había cargado con la parte superior de la flauta, que aunque más gruesa era, en parecer de aquellos dos bribones, la de menor valor, por lo mismo que tenía menos agujeros y carecía de llaves. Del manto también hicieron dos partes iguales, rájándolo con un puñal de cabeza á pies por el centro, llevándose cada uno la suya en santa paz.

Y de la porción que le tocó en suerte hizo nuestro camorrista zeitunlés el raro manto que llevo referido, cortándole al efecto de la parte superior, á fin de que no resultase demasiado estrecho de hombros, más de una cuarta de paño, con el cual hizo dos enormes lazos que le servían para sujetarlo á sus espaldas por la parte de delante, quedando el manto de esta manera con la forma descrita, es decir, muy ceñido por detrás y corto en demasía, pero que en unión de la capucha, que también le había tocado en suerte, daban á nuestro tipo un aspecto casi de fraile; aunque esto no fuese suficiente á cambiar en lo más mínimo su montaraz naturaleza ni sus bárbaras costumbres, confirmando la verdad de nuestro antiguo refrán: el hábito no hace al monje.

Situación topográfica del Tauro

Creo que muchos de mis lectores, ó si no ellos, cierto la mayor parte del público español para quien se escriben estas líneas, entenderán tanto con la palabra Tauro cuanto yo podría entender con alguna de esas enrevesadas palabras chinas que á veces aparecen en las relaciones de los Misioneros, si ellas no viniesen acompañadas de la correspondiente explicación. Y es que el comprender una cosa á medias muchas veces equivale á no comprenderla, y sólo afirmar por ejemplo que la tal cosa está en América ó en el Japón sin saber decirnos lo que es, si es río ó lago, si montaña ó llanura, si ciudad ó región, ó sin saber determinar al menos los principales puntos de su situación topográfica, sería lo mismo que asegurarnos sólo de ella que se encuentra en nuestro planeta, lo que equivaldría á no decirnos nada. Recuerdo que hallándome accidentalmente en

presencia de uno de los caciques turcos del territorio de Anderun, persona que, como todas las de su categoría en aquellas partes, jamás encontraba cosa ni cuestión, ni hecho que no le fuese conocido, por lo mismo que nadie tampoco se atrevería á contrariar sus palabras ni argüir contra su parecer, aunque *a priori* podríamos asegurar de él, lo mismo que ya se sabe de todos los demás de su alcurnia, que pertenece al número

el Tauro, se nos diría, debe estar por ahí adelante, por esas tierras de indios ó de chinos, ó tal vez por los países del turco, y será indudablemente algún monte muy alto, ó alguna cadena de montes que lleva dicho nombre. Y efectivamente, este tal acertaría en parte, pero no nos diría nada relativamente al Tauro.

Veamos, pues, si podemos concretar á términos precisos y claros lo que debe entenderse por Tauro. Y ante



MOGOLIA.—PAGODA AL CUIDADO DE DOS BONZOS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn (Pág. 159)

de los más fatuos del país, que no es poco asegurar, y habiéndome preguntado por mi patria, le respondí que era español. Extrañó algún tanto aquel nombre á nuestro *sabio* cacique, y encogidas las cejas sobremana y mirándome fijamente, volvió á preguntarme de nuevo: «¿De dónde eres?—De España, respóndile por segunda vez.—¡Ah, yaaa! exclamó abriendo la boca y los ojos, ¡de España! ¡sí, sí, de España!!! cual si desde muy pequeño conociese mi país, cuando no sabría apenas dar razón de la ciudad de Alepo que tenía, podemos decir, á la espalda. Y si de hecho se le preguntase á aquel hombre, ¿dónde está esa España que tanto parece conocer V.? Indudablemente que respondería: «Pues allá, deberá estar en la otra parte del mundo, muy lejos de aquí, tal vez en esa tierra que llaman Europa, etc.» lo mismísimo que con poca diferencia nos respondería una buena parte de nuestro público si se le preguntase en concreto, ¿qué es el Tauro ó dónde está el Tauro? Pues

todo me parece oportuno exponer aquí la opinión de los antiguos relativamente á estas montañas. Según lo que escriben los más remotos geógrafos, entre ellos Dецearque, Eratóstenes y Estrabón, con el nombre de Tauro se designaba una serie de montañas que ellos creían extenderse sin interrupción á través del Asia y bajo el paralelo de Rodes, desde el golfo de Iso, actualmente golfo de Alejandreta, villa de la provincia de Adana, ó también, según otros, desde el cabo de Keli-donio, al Sur de la ciudad de Adalia, en la provincia de Konia, hasta las extremidades orientales del Asia, bajo los diversos nombres de montes del Nimcod (montes del Kurdistán), hacia el lago de Van y las fuentes del Trigrés, montes Coatras, Coronos, Sarifes, Cáucaso indiano (Hindu-Kho), Himalaya é Imaus (1).

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

(Continuará).

(1) Enciclopedia de los MM. Ch. Dezobry y Th. Bachelet.

LA MISION DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES

(República de Panamá)



Como por motivo para empezar mis narraciones ó diario un insigne favor que atribuyo á San José, patrón de mi Misión, á cual Santo prometí, cuando me hallaba, hace pocos días, en el apuro, que publicaría los favores más visibles que en estos cuatro años ha hecho á esta Misión de San

José de Narganá entre los karibes.

El 19 de Marzo de 1907 debía yo salir por vez primera para los karibes del archipiélago de Mulatas, entre 9° y 10° de latitud en la Costa Atlántica de Panamá. Aunque días atrás había pensado consagrar el primer pueblo, si Dios quería que me recibiesen los indios, á San Ignacio de Loyola ó á San Francisco Javier, pero en este día sentí particular devoción á San José, acordándome que es el Patrón de la Iglesia Universal y que á él consagró el Sr. Paul esta diócesis (1876) y en especial su Seminario tras el famoso incendio, y que desde aquella fecha le ha defendido de inminentes peligros. También me acordé de que en el Colegio de San José de Valencia, donde me eduqué, nos favoreció mucho á los Padres y á los colegiales.

Como el vaporcito del viaje debía salir hoy y aun no me había llegado la carta recomendaticia del señor Presidente de la República, Dr. Amador, para un cacique que sabía leer, única fuerza humana que yo esperaba llevar para introducirme entre indios tan bárbaros é indómitos, pedí á San José que arreglase que no me fuera sin la tal carta.

Primer favor.—Se desencadenó un viento tan atroz, que ni en el puerto se podía estar. No pudo, pues, salir el barco, y me llegó la carta. Me determiné á poner al primer pueblo que me admitiera, el nombre de San José. Luego veremos de cuánto sirvió esta carta y la del señor Obispo que eran mis patentes.

Día 20. Segundo favor.—Salimos de Colón en el vaporcito de río, *La Fayette*, que era como un zapato, sin ningún camarote, y viejo. Íbamos unos diez pasajeros, ellos para los puertos intermedios y yo para Mulatas, todos en la popa, sobre cubierta, bien apretados. Por impericia del negro capitán se atestaron las bodeguitas de mercancías. Esto y el estar bravísimo el mar, hizo que empezáramos á dar tales brincos y á entrar tanta agua, que pronto se llenaron las bodegas, y ni agarrados unos con otros podíamos estar quietos en nuestros sitios. A los veinte minutos del puerto ya casi estábamos á pique. Gritan todos á una voz al capitán ¡á tierra! y el capitán, todo chorreando, decía que no. Gritan todos ¡á tierra que nos ahogamos! blancos como el papel, aún los negros, mientras entró de golpe otra ola. El capitán, terció el rumbo al puerto atemorizado; y suerte de esto, porque en ese mismo instante nos azotó una ola, que, si como nos dió de popa, que nos empujó adelante

y dió tiempo á desaguar, nos hubiera dado de proa, nos sepulta. La verdad, no temí perecer, fiado en mi gran causa y protección de San José. Como es de verse, por el susto llegaron mareados varios al puerto, sobre todo un General que ya había tres días me seguía en Colón, decía que á mi sombra quería ir á los indios á hacer fortuna curando borracheras.—Pero ¡hombre de Dios! si yo no tengo sombra, y esos indios son tan bárbaros que no admitirían á nadie en sus tierras; ¡si á mí me admitieran, sino que á lo mejor me martirizarán, cuánto más si somos dos, comprendiendo que va V. á sacarles dinero!

San José bendito me libró del mar y del General y me dió otros dos compañeros que me habían de servir en el viaje. Porque el General y otros se apearon asustados y nosotros, descargadas casi todas las mercancías y sacada el agua, volvimos á salir á las dos horas, habiendo recibido á bordo á un holandés y á un catalán, los compañeros que dije.

Tercer favor.—Salimos, pues, y con continuo y grande peligro por la bravura del mar y lo desproporcionado del buque, llegamos á eso de las diez de la noche cerca de Portobelo donde se rompió la máquina del vapor. ¡Nuevo percance! Entramos en la bahía á merced de las olas que nos podían haber estrellado á uno ú otro lado. Pero llevaba á San José de protector.

Día 21.—Determiné quedarme en Portobelo, visto que todos me decían era temeridad seguir en aquel barco y que el capitán aseguraba que no podría llegar á Narganá de los Karibes. El holandés y el catalán me visitaron media hora antes de partir, y como me aseguraban se había medio compuesto el barco y llegaría hasta Isla grande, y allí el holandés, protestante, me daría un barco velero para llegar á los indios, me puse á las manos de Dios.

Cuarto favor.—A la hora y media de salida empieza por sí solo á sonar el pito por un escape de vapor, sin haber como poderlo cerrar. Ya íbamos ensordeciendo, pues, más de media hora sonaba, cuando de repente calla y empieza á salir por el pito, por otro tubo roto y no sé por cuantas otras partes humo y vapor que el aire de proa nos echaba á los viajeros de popa. Me defendí con el paraguas cuanto pude hasta que se rompió. Aquel baño de humo líquido caliente nos ennegreció y más tarde nos hizo cambiar la piel de cara y manos. Frente á las rocas de Garrote habíamos llegado cuando se oyó un chasquido y se paró la máquina, que ya no quiso andar. San José bendito, ¿esas rocas tan cercanas y en mar tan bravo serán nuestra tumba? Las olas bravas nos hicieron pasar á unos tres metros de las rocas, acertando á entrar el barco llevado por las olas por un caño á la pequeña ensenada de Garrote. ¡Cuánto se ve que tiene que perder el demonio en este viaje! El holandés y el otro, visto el percance, hartos del vapor, pusieron pie, no en polvorosa, sino en un cayuco ó canoa, y se fueron á Isla grande, sin verles, sino cuando ya

estaban lejos. Entonces me gritaron me esperaban en Isla grande. Un pobre negro pasajero dijo:—Padre, ¿cómo esos blancos no le han convidado á su merced, después que su merced los hizo dormir y comer á noche en casa del señor Cura de Portobelo?—Hijo, ese es el mundo, olvida favores. San José sacó partido de eso, porque en Isla grande no tocó el balandro que ellos esperaban, y los mosquitos los acabaron aquella noche, por lo que rabiaban por salir de aquella isla, donde se consideraban cerrados para algunos días, al menos mientras durase el mar embravecido.—¿Qué hacemos? dijo el negro Norberto, pues los dos solos nos habíamos quedado en el vapor.—Hagamos como los demás, alquilemos un cayuco y si podemos llegar á Nombre de Dios, allí tiene V. mi pobre casa hasta que tenga V. cómo hacer viaje.—«Mira, Norberto, por esta hazaña de favorecer á un Misionero de infieles, que haces, yo te prometo que desde hoy crecerás como espuma mientras seas bueno.» Saltó á tierra. Al anochecer vino con su cayuco roto.—«No, hijo, le dije. En bote que hace agua, y á boca de noche, y sin saber nadar, no me embarco.» Aguardamos la mañana, saltamos á tierra. Me hospedaron en el caserío de Garrote en la casa del único casado que había: rezamos el Rosario, se reunió la gente, les prediqué convidándoles para la Misa. Nos regalaron cosillas con que cenamos bien y dormimos bien en aquella chocita. Esa noche la pasaron los del vapor arreglándolo, le sacaron como seis calderos de hollín que obstruía los tubos, y esa parece era la enfermedad. Pensaron que sólo podrían llegar á Isla grande á dejar el correo y de ahí se volverían á Colón, pues no les queda carbón para todo el viaje hasta el fin. Así pensaron ellos, pero San José quería su pueblo.

Día 22 de Marzo.—Dije la Misa de los Dolores, cuya fiesta era. Tomado el desayuno, al vapor. Por más que le dije al negro capitán, se cerró en que de Isla grande se volvía á Colón, sin atender á mi Misión que era el fin principal del viaje, ordenado por el Presidente de la República.

Visto que ahora el vaporcito andaba muy bien, quise saltar á Isla grande para avisar al holandés y socio, la buena compostura. El capitán no me dejó saltar, para que no me aunara con aquéllos. Entonces les grité cómo estaba el barco mejorado. Ellos que rabiaban por salir del islote, comidos de mosquitos y sin dormir, ni esperanza de barco que los llevara á sus casas, adelante se vienen y empiezan amenazar que denunciarán al Gobierno su ineptitud para capitán y sus borracheras, que por eso nos fuimos casi á pique en Colón, y pedían que desde luego les volviera el dinero del viaje, si no seguía, etc., etc. El negro, lleno de miedo, no tuvo más remedio que seguir adelante.

Quinto favor.—Lo difícil del viaje era el canalón que íbamos ahora á pasar, donde cada año dan muchos al través. ¡Nunca he visto olas tan grandes ni tan tremendo peligro! ¡Qué cabriolas daba el barquito, zapa-teándonos de un lado para otro! Vi al rojo holandés blanco como el papel, y lo mismo el catalán que no era

cobarde; á la verdad, no temí, fiado en mi causa y en San José, que á Dios no le conviene perder misioneros.

En tres horas más de mar llegamos á Nombre de Dios; la tercera fundación de los Españoles en Nuevo Mundo y donde es tradición que tocó Santo Toribio de ida al Perú. Norberto me llevó á su pueblo á quien hizo salir á recibirme: me trataba á cuerpo de rey. Dios se lo ha pagado todo tan bien á Norberto, que hoy, después de cinco años que eso pasó, es el primero del pueblo en haberes, ganados y fincas y es la primera autoridad del lugar, como él recuerda á menudo en las conversaciones contando este viaje. Al día siguiente, Domingo de Ramos, les hice la procesión. Iba un negrito haciendo de Nuestro Señor, montado á un borrico, acompañado de otros que hacían de apóstoles, y todo el pueblo con su palma en la mano con grande devoción. Como aquí no había sacerdote, nunca, modernamente, habían visto en su pueblo procesiones.

Vencida la dificultad del Canalón, se animó el capitán y dijo que puestos ya allí, seguirían á Narganá y Cabo Tiburón, aunque tendría que hacer leña en el camino á falta de carbón.

Día 25.—Fuimos á dormir sin percance mayor á *Miramar*, pueblecito sencillo y de negros, como Nombre de Dios. En ambas partes querían me quedase de Cura, diciendo esta expresiva frase: «Tenemos hambre de Cura, porque no tenemos *lú* (z), *ninie* que nos *ilumie*.»

Día 26.—Sexto favor. Fuimos á dormir á la bahía de Escribano por milagro. El maquinista francés, negro de la Martinica, que ni se entendía con el capitán jamaiicano inglés, ni con los negros marineros castellanos, hecho una furia y entre blasfemias francesas gritaba: ¡á tierra! ¡á tierra! ¡pum! ¡pum! ¡pum! Los castellanos que veían los peñascos de la orilla, siendo los responsables del barco, ni entendían el por qué, ni querían ponerse en peligro de estrellarse. Por fortuna pudo el maquinista quitar calor cerca ya de la bahía. Por la noche pude averiguar en la tal desierta bahía el peligro en que habíamos estado de que reventase la caldera. Todos durante los gritos del martiniqueño estaban asustados, porque no se entendían. Se rompió el tubo del refrigerador de la caldera. San José de nuevo, sirviéndose de las olas, nos metió también en esta bahía.

Pasaron, pues, parte de esta tarde y la mañana siguiente unos arreglando la máquina, otros haciendo leña y luego llenando con su miserable pozal la caldera por una abertura. Así se inutilizó el vaporcillo; y por esta razón de ahora para adelante no andará más que seis horas por día, que para eso sólo recibe agua por el tal agujero.

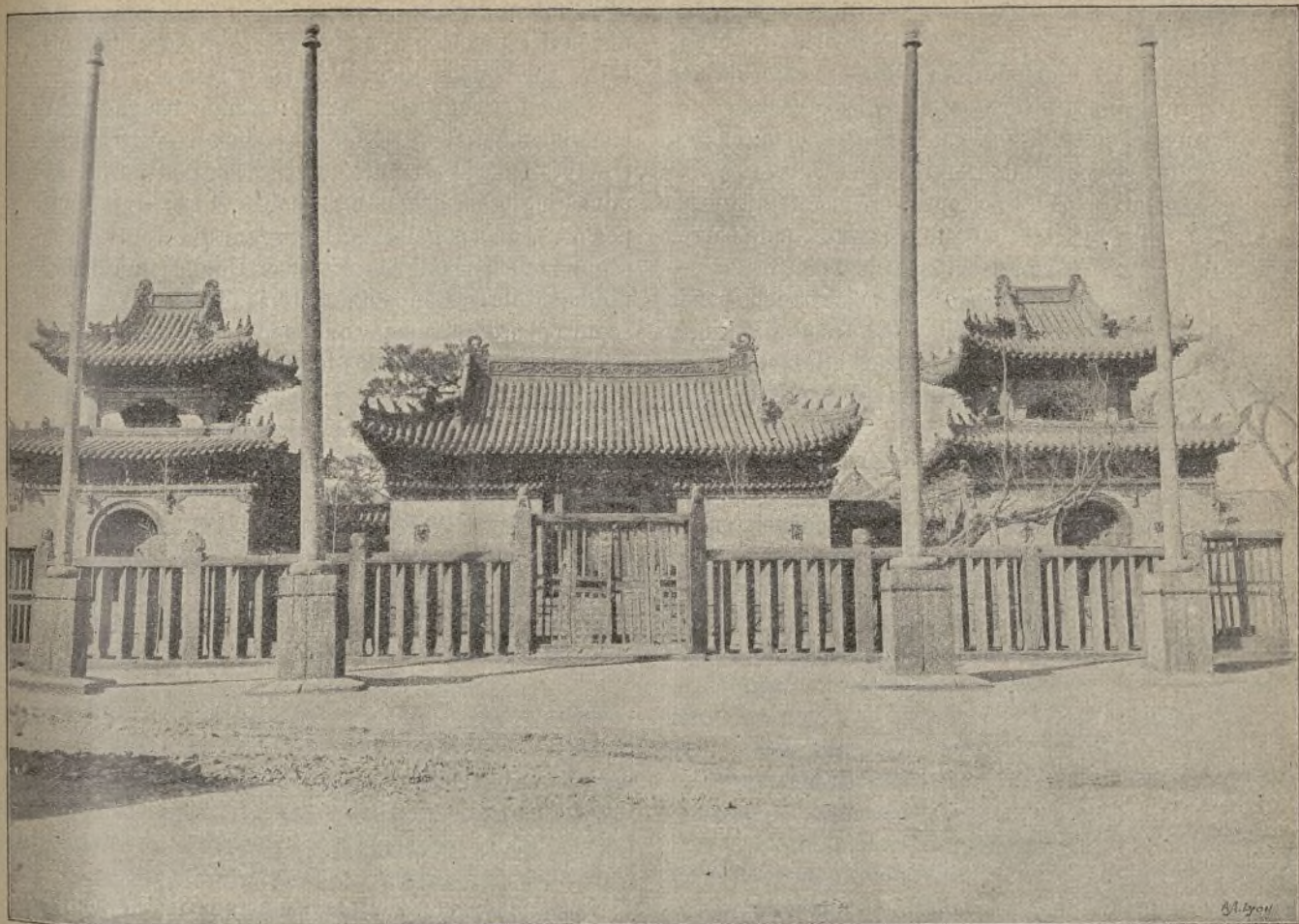
Como ya estamos en aguas de karibes, tenían éstos en la punta de su gran golfo dos vigías. Dijeron hacía dos días nos esperaban. Traían unos pendientes de oro como patenas chicas en las orejas, y visto el regalo de dulces que les hice, me trajeron cocos de la vecina playa. Luego se alejaron á dar parte. En este gran golfo conté como unas 70 islitas.—P. LEONARDO GASSÓ, *S. J.*

(Continuará).



Mogolia
CATÓLICAS.
mos les dan
gicos que d
Su evang
belgas de S
gelizan res
mogol, en c
adeptos.
Las fotograf
su artículo
puntos de
del interior
del Ministro
doctor aler
del Jehol, l
El autor
para la pol
darán á de





MOGOLIA.—UNA LAMASERÍA.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn

MOGOLIA PINTORESCA

LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

Mogolia es un país poco familiar á los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS. El importante trabajo cuya publicación hoy empezamos les dará acerca de esa región detalles geográficos y etnológicos que difícilmente encontrarán en otra parte.

Su evangelización, como es sabido, está confiada á los Padres belgas de Scheut-lez-Bruxelles. Tres Vicariatos apostólicos evangelizan respectivamente el Este, el Centro y el Oeste del país mogol, en donde han ganado ya para la verdadera fe unos 60,000 adeptos.

Las fotografías que el R. P. Kervyn nos ha enviado, junto con su artículo, son singularmente notables. Las hay de todos los puntos de Mogolia. Las del Palacio imperial de Jehol lo fueron del interior del mismo Palacio, gracias á una concesión especial del Ministerio de Negocios Extranjeros de Pekin. Ni el célebre doctor alemán Franck, autor de una obra sobre la Prefectura del Jehol, había logrado permiso semejante.

El autor confía que con la publicación de este estudio ganará para la pobre Misión de Mogolia preciosas simpatías que le ayudarán á desarrollar sus obras.

I. — La montaña



UANDO, al salir de la extensa llanura en que se pavonea, inmensa y polvorienta, la ciudad de Pekin, llega el viajero á la cumbre del pueblo de Kупei-k'eou, primer estribo de las mesetas mogolas, á 80 kilómetros al Nor-

Este de la ciudad imperial; rica naturaleza virgen sorprende su mirada y le hace temblar de emoción.

En admirable panorama abarca, hasta perderla de vista, la osamenta de las montañas de Mogolia; por todas partes se elevan, á manera de espeso breñal, picos gigantescos y crestas majestuosas que al surgir apiñadas de un suelo desigual se escalonan y levantan en proporción creciente, destacándose orgullosas las últimas alturas en un cielo habitualmente límpido y sereno.

Pronto el caos se disipa y mil particularidades se destacan de este ejército de peñas. Ya es la montaña que pesadamente ondea en grupos enormes, en volutas irregulares, como avalancha de gigantescas olas súbitamente heladas; ya son cimas que se destacan con elegantes siluetas en forma de puntiagudas agujas, de aristas de roca viva, dentelladas como crestas de gallo ó rajadas por algún Durandal legendario, cual nueva Brecha de Rolando, dejando entrever por entre la maleza un circo natural que trae á nuestra mente, con fuerza irresistible, el recuerdo de los sublimes horrores de un Gavarnil pirenaico; ya son soberbias costas bravas,

estaban lejos. Entonces me gritaron me esperaban en Isla grande. Un pobre negro pasajero dijo:—Padre, ¿cómo esos blancos no le han convidado á su merced, después que su merced los hizo dormir y comer á noche en casa del señor Cura de Portobelo?—Hijo, ese es el mundo, olvida favores. San José sacó partido de eso, porque en Isla grande no tocó el balandro que ellos esperaban, y los mosquitos los acabaron aquella noche, por lo que rabiaban por salir de aquella isla, donde se consideraban cerrados para algunos días, al menos mientras durase el mar embravecido.—¿Qué hacemos? dijo el negro Norberto, pues los dos solos nos habíamos quedado en el vapor.—Hagamos como los demás, alquilemos un cayuco y si podemos llegar á Nombre de Dios, allí tiene V. mi pobre casa hasta que tenga V. cómo hacer viaje.—«Mira, Norberto, por esta hazaña de favorecer á un Misionero de infieles, que haces, yo te prometo que desde hoy crecerás como espuma mientras seas bueno.» Saltó á tierra. Al anochecer vino con su cayuco roto.—«No, hijo, le dije. En bote que hace agua, y á boca de noche, y sin saber nadar, no me embarco.» Aguardamos la mañana, saltamos á tierra. Me hospedaron en el caserío de Garrote en la casa del único casado que había: rezamos el Rosario, se reunió la gente, les prediqué convidándoles para la Misa. Nos regalaron cosillas con que cenamos bien y dormimos bien en aquella chocita. Esa noche la pasaron los del vapor arreglándolo, le sacaron como seis calderos de hollín que obstruía los tubos, y esa parece era la enfermedad. Pensaron que sólo podrían llegar á Isla grande á dejar el correo y de ahí se volverían á Colón, pues no les queda carbón para todo el viaje hasta el fin. Así pensaron ellos, pero San José quería su pueblo.

Día 22 de Marzo.—Dije la Misa de los Dolores, cuya fiesta era. Tomado el desayuno, al vapor. Por más que le dije al negro capitán, se cerró en que de Isla grande se volvía á Colón, sin atender á mi Misión que era el fin principal del viaje, ordenado por el Presidente de la República.

Visto que ahora el vaporcito andaba muy bien, quise saltar á Isla grande para avisar al holandés y socio, la buena compostura. El capitán no me dejó saltar, para que no me aunara con aquéllos. Entonces les grité cómo estaba el barco mejorado. Ellos que rabiaban por salir del islote, comidos de mosquitos y sin dormir, ni esperanza de barco que los llevara á sus casas, adelante se vienen y empiezan amenazar que denunciarán al Gobierno su ineptitud para capitán y sus borracheras, que por eso nos fuimos casi á pique en Colón, y pedían que desde luego les volviera el dinero del viaje, si no seguía, etc., etc. El negro, lleno de miedo, no tuvo más remedio que seguir adelante.

Quinto favor.—Lo difícil del viaje era el canalón que íbamos ahora á pasar, donde cada año dan muchos al través. ¡Nunca he visto olas tan grandes ni tan tremendo peligro! ¡Qué cabriolas daba el barquito, zapa-teándonos de un lado para otro! Vi al rojo holandés blanco como el papel, y lo mismo el catalán que no era

cobarde; á la verdad, no temí, fiado en mi causa y en San José, que á Dios no le conviene perder misioneros.

En tres horas más de mar llegamos á Nombre de Dios; la tercera fundación de los Españoles en Nuevo Mundo y donde es tradición que tocó Santo Toribio de ida al Perú. Norberto me llevó á su pueblo á quien hizo salir á recibirme: me trataba á cuerpo de rey. Dios se lo ha pagado todo tan bien á Norberto, que hoy, después de cinco años que eso pasó, es el primero del pueblo en haberes, ganados y fincas y es la primera autoridad del lugar, como él recuerda á menudo en las conversaciones contando este viaje. Al día siguiente, Domingo de Ramos, les hice la procesión. Iba un negrito haciendo de Nuestro Señor, montado á un borrico, acompañado de otros que hacían de apóstoles, y todo el pueblo con su palma en la mano con grande devoción. Como aquí no había sacerdote, nunca, modernamente, habían visto en su pueblo procesiones.

Vencida la dificultad del Canalón, se animó el capitán y dijo que puestos ya allí, seguirían á Narganá y Cabo Tiburón, aunque tendría que hacer leña en el camino á falta de carbón.

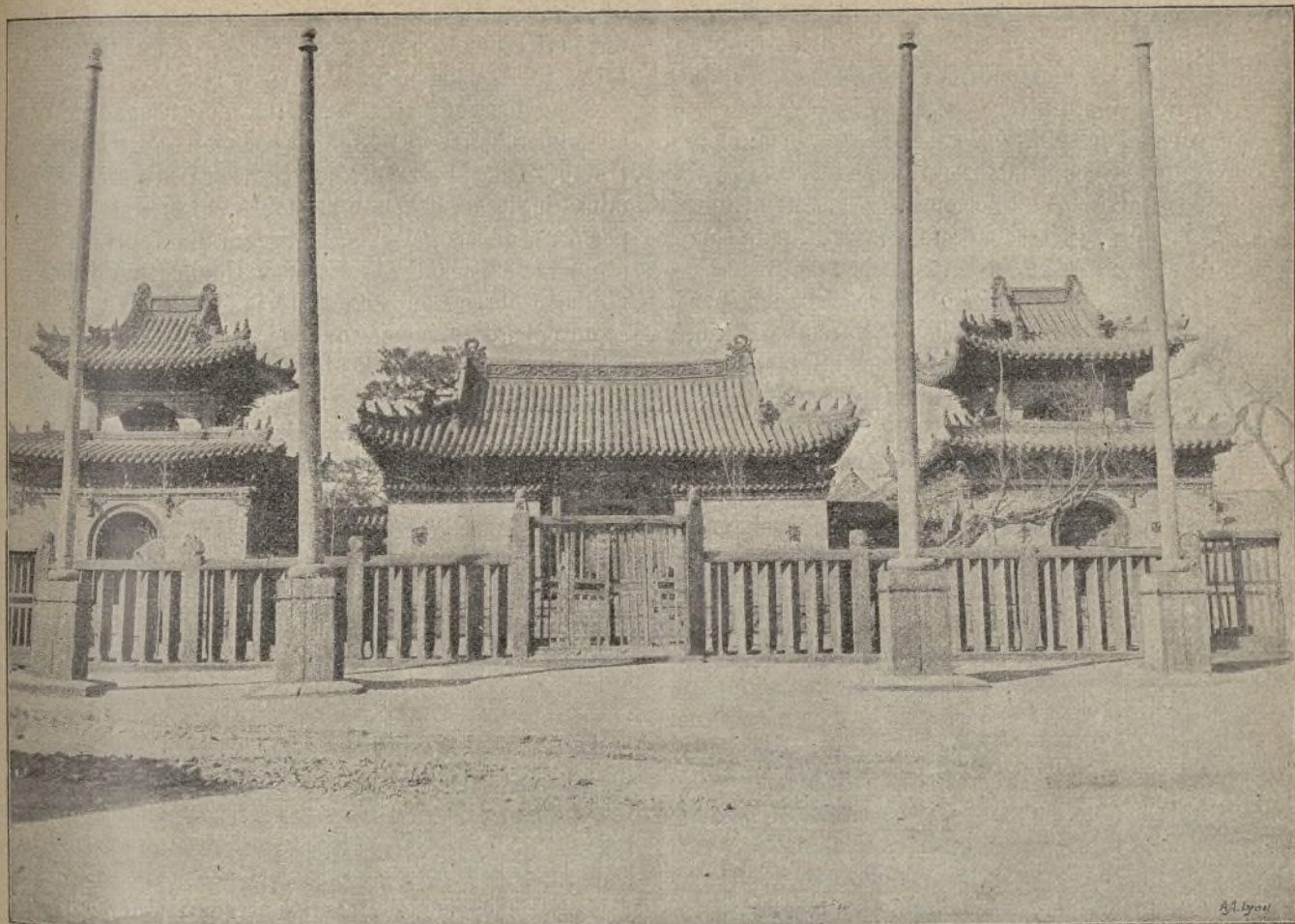
Día 25.—Fuimos á dormir sin percance mayor á *Miramar*, pueblecito sencillo y de negros, como Nombre de Dios. En ambas partes querían me quedase de Cura, diciendo esta expresiva frase: «Tenemos hambre de Cura, porque no tenemos *lú* (z), *ninie* que nos *ilumie*.»

Día 26.—Sexto favor. Fuimos á dormir á la bahía de Escribano por milagro. El maquinista francés, negro de la Martinica, que ni se entendía con el capitán jamaiicano inglés, ni con los negros marineros castellanos, hecho una furia y entre blasfemias francesas gritaba: ¡á tierra! ¡á tierra! ¡pum! ¡pum! ¡pum! Los castellanos que veían los peñascos de la orilla, siendo los responsables del barco, ni entendían el por qué, ni querían ponerse en peligro de estrellarse. Por fortuna pudo el maquinista quitar calor cerca ya de la bahía. Por la noche pude averiguar en la tal desierta bahía el peligro en que habíamos estado de que reventase la caldera. Todos durante los gritos del martiniqueño estaban asustados, porque no se entendían. Se rompió el tubo del refrigerador de la caldera. San José de nuevo, sirviéndose de las olas, nos metió también en esta bahía.

Pasaron, pues, parte de esta tarde y la mañana siguiente unos arreglando la máquina, otros haciendo leña y luego llenando con su miserable pozal la caldera por una abertura. Así se inutilizó el vaporcillo; y por esta razón de ahora para adelante no andará más que seis horas por día, que para eso sólo recibe agua por el tal agujero.

Como ya estamos en aguas de karibes, tenían éstos en la punta de su gran golfo dos vigías. Dijeron hacía dos días nos esperaban. Traían unos pendientes de oro como patenas chicas en las orejas, y visto el regalo de dulces que les hice, me trajeron cocos de la vecina playa. Luego se alejaron á dar parte. En este gran golfo conté como unas 70 islitas.—P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).



MOGOLIA.—UNA LAMASERÍA.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn

MOGOLIA PINTORESCA

LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

Mogolia es un país poco familiar á los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS. El importante trabajo cuya publicación hoy empezamos les dará acerca de esa región detalles geográficos y etnológicos que difícilmente encontrarán en otra parte.

Su evangelización, como es sabido, está confiada á los Padres belgas de Scheut-lez-Bruxelles. Tres Vicariatos apostólicos evangelizan respectivamente el Este, el Centro y el Oeste del país mogol, en donde han ganado ya para la verdadera fe unos 60,000 adeptos.

Las fotografías que el R. P. Kervyn nos ha enviado, junto con su artículo, son singularmente notables. Las hay de todos los puntos de Mogolia. Las del Palacio imperial de Jehol lo fueron del interior del mismo Palacio, gracias á una concesión especial del Ministerio de Negocios Extranjeros de Pekin. Ni el célebre doctor alemán Franck, autor de una obra sobre la Prefectura del Jehol, había logrado permiso semejante.

El autor confía que con la publicación de este estudio ganará para la pobre Misión de Mogolia preciosas simpatías que le ayudarán á desarrollar sus obras.

I. — La montaña

CUANDO, al salir de la extensa llanura en que se pavonea, inmensa y polvorienta, la ciudad de Pekin, llega el viajero á la cumbre del pueblo de Kpei-k'eou, primer estribo de las mesetas mogolas, á 80 kilómetros al Nor-

Este de la ciudad imperial; rica naturaleza virgen sorprende su mirada y le hace temblar de emoción.

En admirable panorama abarca, hasta perderla de vista, la osamenta de las montañas de Mogolia; por todas partes se elevan, á manera de espeso breñal, picos gigantescos y crestas majestuosas que al surgir apiñadas de un suelo desigual se escalonan y levantan en proporción creciente, destacándose orgullosas las últimas alturas en un cielo habitualmente límpido y sereno.

Pronto el caos se disipa y mil particularidades se destacan de este ejército de peñas. Ya es la montaña que pesadamente ondea en grupos enormes, en volutas irregulares, como avalancha de gigantescas olas súbitamente heladas; ya son cimas que se destacan con elegantes siluetas en forma de puntiagudas agujas, de aristas de roca viva, dentelladas como crestas de gallo ó rajadas por algún Durandal legendario, cual nueva Brecha de Rolando, dejando entrever por entre la maleza un circo natural que trae á nuestra mente, con fuerza irresistible, el recuerdo de los sublimes horrores de un Gavarnil pirenaico; ya son soberbias costas bravas,



con su fachada rugosa, sus flancos cortados á pico, cuya vista causa horror; ya son vertientes menos abruptas en las que las abundantes lluvias de la canícula han abierto grutas naturales y profundas excavaciones por las que en verano saltan las ruidosas cascadas; en fin, por todas partes los montes, unidos en sus bases y extendiéndose en todas direcciones, esconden entre sus soberbias moles, vastos y profundos valles que corren serpenteando entre sus líneas paralelas.

Tal es el aspecto *orográfico* del macizo que, por la parte de China, limita las cálidas llanuras de Pekin, y eleva sucesivamente por el Norte sus hileras de picos hasta las mesetas que coronan, en el Septentrión, la Mogolia Oriental.

El aire, á consecuencia de la distancia del mar y de la ausencia absoluta de vegetación, es vivo y seco. Las lluvias son bastante raras; caen en abundancia en los meses de Junio, Julio y Agosto; durante el otoño llueve poco, en invierno algunas nevadas, y otra vez vuelve la primavera, durante la cual la lluvia es rarísima. El clima es, pues, generalmente seco, y ejerce poderosa acción sobre las rocas, que se secan, se resquebrajan y agrietan, y caen á pedazos por la acción del agua.

Las depresiones barométricas causan á veces cambios de aire violentos. Tales vientos y tifones llevan en su seno infinidad de partículas, granos de arena, semillas, etc., que trasladan á grandes distancias; en el Norte es tanta la arena amontonada, que se forman verdaderas dunas, que se levantan en medio de vastas llanuras que se transforman y trasladan de lugar como las movedizas dunas del Sahara.

«¡El polvo! exclama M. Monnier. El polvo lo invade todo. De las estériles montañas que la acción combinada del sol y de la nieve corroe y destruye, descendiendo á la llanura, se acumula en dunas de blancura deslumbradora, y de allí, arrastrado por los grandes vientos del Norte, se eleva de nuevo en inmensos torbellinos que invaden los cielos, como nubes cargadas de nieve, obscurecen el sol, transformando súbitamente el mediodía en crepúsculo, yendo por fin á caer impetuosamente sobre Pekin, y aún más allá, á algunos centenares de millas, arrastrado en espesas volutas hasta el valle de Yang-tse, hasta Changhai.» (*Le Tour d'Asie; la Chine du Nord*).

No obstante, la acción geológica de la atmósfera es nada comparada con la del Agua. Hacia el mes de Julio, y sobre todo en Agosto, se producen anualmente abundantes precipitaciones atmosféricas; al llover sin cesar durante algunos días sobre un suelo generalmente pedregoso é incapaz, por consiguiente, de absorber el agua, se originan corrientes impetuosas que nada puede detener.

CONSTITUCIÓN MINERA

La Mogolia Oriental es singularmente rica por las reservas de su subsuelo, sobre todo en yacimientos de hulla. Al pie de las montañas se encuentran minas de carbón y canteras de carbonato de cal; mas, como los mineros chinos aún se sirven únicamente de procedimientos rudimentarios para la explotación de la hulla, resulta que la producción de carbón de piedra ha de ser forzosamente imperfecta y restringida, y, además,

como faltan vías de comunicación rápida para la expedición del precioso combustible á grandes distancias, éste se halla condenado al consumo local.

Como dice muy bien Reclus: «China ocupa ya el décimo lugar entre los Estados productores de hulla, entretanto que, el empobrecimiento, por una parte, de las minas inglesas, belgas y alemanas, y la regularización, por otra, de sus galerías, le aseguran el primero ó el segundo después de los Estados Unidos, tan desmesuradamente ricos en esta materia. Richthofen ha sido seguramente quien más que nadie ha atraído la atención de los sabios y de los industriales de todo el mundo sobre este tesoro «infinito» del Chan-si meridional, del Chantong, del Hunan, del Sentsch'ooan, del Koang-si, del Koei-tcheou y del Yunan.» (*L'Empire du Milieu*).

La Mogolia Oriental dista mucho de ser una excepción. Puede citársela al lado de estas provincias de la China interior, y sus montañas de pendientes graníticas, esquistas, ó cubiertas de tierra «amarilla,» merecen contarse entre las más ricas del mundo en depósitos de carbón.

Cruzan este vasto territorio cadenas montañosas de todas formas y dimensiones. Nada puede dar idea del horror que causa la sola vista de algunos de estos montes, en los que las aristas vivas y las pendientes abruptas van unidas á precipicios vertiginosos que hacen, en ciertos parajes, peligrosísima la ascensión.

Nada tiene, pues, de particular que las fieras hayan elegido estas escabrosidades por domicilio, y se hayan constituido en dueñas y señores de las mismas. Felinos y carnívoros moran allí en dulce paz y armonía. Citaré dos géneros de panteras (*pao*). La llamada *Kin h'iest-num*, por alusión á las manchas circulares, del color de oro fino, que adornan su piel á manera de grandes sapecas de oro (*Kien h'ien*); la otra especie comprende las panteras llamadas *nai ye-weny*, por alusión á la artemisa, á cuya es parecida su piel.

Citaré también dos géneros de osos (*hiong*): los unos, de pequeña estatura, llamados *keou hiong* (oso perruno), son negros, con el pecho blanco; los otros, bastante mayores y de un color moreno, son llamados *feuhiong* (oso hombruno). Estos osos son muy buscados por los titiriteros chinos, que les rompen los dientes y les cortan las garras, los alimentan exclusivamente con mijo y les enseñan á ejecutar mil juegos distintos.

En fin, casi por todas partes se encuentran lobos, zorras y tejones. Luego hablaré de los corzos, que se encuentran aun en ciertas montañas cubiertas de vegetación.

Políticamente hablando, la Mogolia Oriental, que se encuentra entre los 117° y los 123° longitud Este (Greenwich) y los 40° y 44° latitud Norte, depende de la administración china de Jehol.

En otra edad los mogoles eran todopoderosos en el país. Pero paulatinamente han debido ceder sus pastos á los chinos, quienes, agricultores y agiotistas pacientes y laboriosos, han acabado por arrojar á los antiguos propietarios de un suelo del que no sabían sacar provecho alguno. Algunos mogoles, sin embargo, han renunciado á la vida pastoril y se han convertido en agricultores. Dependen de sus soberanos territoriales, reyes desidiosos cuya inútil existencia se reduce á perci-

bir una lig
los chinos
titos ruino
minios ant

El país
chinizado;

El prin
metros a
250,000 h

Edificad
encerrado
antiguo ve
lamaserías
pe de vist

CURIOSA H



Instituto
ven, fruto
Infancia.
he creído
ella mism
do, y com
cribiendo
recuerdos
á traslada
gunas an

«Si diri
la buena
los cuatro
hija única
dre tenían
madre no
frecuente
que no ta
semejant
ó alguna
ya que au
que cuant
lidad. Ell
dre, y par

Está e
estado so
miento de
gracia á s
ca suya e
plando á
como tan
inhumanó
te arre
bien, dan
proceder
maba en

bir una ligera tasa anual sobre los terrenos cedidos á los chinos en arriendo enfiteútico, y á contraer empréstitos ruinosos sobre los últimos restos de sus vastos dominios antiguos.

El país se ha, pues, por decirlo así, completamente *chinizado*; la administración es también china.

El principal centro de población se halla á 200 kilómetros al Nor-Este de Pekin. Es Jehol, ciudad de 250,000 habitantes.

Edificada en la orilla derecha del Jehol, en un valle encerrado entre dos altas colinas, se extiende la ciudad: antiguo veraneo imperial, ofrece con sus monstruosas lamaserías y sus sombríos bosques de cipreses, un golpe de vista el más pintoresco.

La mayor parte de estas lamaserías recuerdan hechos históricos en conmemoración de los cuales fueron edificadas. La principal es el *F'ou-ta-la*, edificado sobre el plano del *F'ou-ta-la* de Lhasa, residencia del Dalai-Lama. Sobre una gran terraza murallada se levanta el edificio central en forma de poliedros regulares. El techo está cubierto de tejas barnizadas, y antiguamente estaba guarnecido de cinco torrecillas, dos de las cuales subsisten todavía. El estado de ruína de estas construcciones es tal, que unas se han hundido, no dejando en pie más que los muros exteriores, y otras han tenido que afianzarse, á pesar de lo cual no puede subirse á los pisos superiores. Antiguamente el *F'ou-ta-la* albergaba á 800 lamas.

(Continuará).

CURIOSA HISTORIA DE UNA RELIGIOSA CHINA.— (EPISODIOS EMOCIONANTES RELATADOS POR LA MISMA RELIGIOSA)



HACE unos días tuve el consuelo de asistir á la tierna y conmovedora ceremonia de la profesión religiosa de una joven china, que tuvo lugar en la capilla de nuestro orfanotrofio de Tung-yuan-fang. Es la neo-profesa en el Instituto de Franciscanas Misioneras de María una joven, fruto exquisito de la obra admirable de la Santa Infancia. Quiero hoy hablarles de esta joven, y para ello he creído conveniente suplicar á dicha Religiosa que sea ella misma quien escriba una breve reseña de su pasado, y como buen obediente ha llenado mis deseos, describiendo á grandes rasgos y en buen francés los tristes recuerdos que de su niñez conserva. Me limitaré, pues, á trasladarlas al castellano, haciendo por mi parte algunas anotaciones aclaratorias, según vengan al caso.

«Si dirijo una mirada retrospectiva á mi pasado, dice la buena Religiosa, mis primeros recuerdos datan de los cuatro á cinco años de mi edad; era yo entonces la hija única de mis padres paganos. Parece que mi madre tenía cariño, así como recuerdo con dolor que mi madre no era para mí lo que debiera ser, toda vez que frecuentemente la oía decir que no me quería en casa, que no tardaría en desprenderse de mí, y otras frases semejantes que repetía cada vez que le pedía de comer ó alguna otra cosa. Yo lloraba amargamente al oírlo, ya que aun en aquella edad comprendía perfectamente que cuanto se me decía, pudiera llegar á ser triste realidad. Ello no obstante yo amaba con delirio á mi madre, y parecíame que no me fuera posible vivir sin ella.»

Está enterado ya, reverendísimo Padre, del triste estado social de la mujer en China. En efecto, el nacimiento de una hija, salvo excepciones, hace muy poca gracia á sus padres. Un autor, y chino él, pone en boca suya estas lúgubres frases que pronuncia contemplando á su hija: «Pobre criaturita; naces para vivir, como tantas otras, esclava del hombre y víctima de inhumanos sentimientos; sólo serás feliz cuando la muerte te arrebate de este mundo para otro mejor.» Ahora bien, dando esto por cierto se comprende fácilmente el proceder de la madre de Tung-tcheng, que así se llamaba en pagano nuestra buena Religiosa, nombre que

significa «Virginidad» en español, para con su hija, á la cual consideraba, puede ser, como causa de los desdenes de su esposo, de sus parientes, en una palabra, como el único motivo de su infelicidad.

«Cierta día, continúa la Religiosa, dormía yo junto á mi desventurada madre, y al despertar me vi con sorpresa en brazos de un hombre, á quien no conocía, el cual me llevaba por caminos que me eran completamente desconocidos, de suerte que ignoraba ya el lugar en donde me encontraba. Comencé á dar fuertes gritos, llamando á mi madre. El hombre aquel me dirigió palabras de consuelo, pero luego al ver que para mí eran inútiles, que yo llamaba con más fuerza á mi madre, me dijo, aún lo recuerdo con el corazón partido de dolor, que yo no pertenecía más á mi madre; que no la volvería á ver más; que ella me había vendido, y que él me había comprado. De noche ya, llegamos á una casa en la que había dos mujeres y tres varones, dos de ellos niños aún. Al principio me recibieron al parecer con cierto cariño, que luego al correr de los días se tornó en odio, malos tratos, verdadero encarnizamiento, debidos, creo yo, á que rehusaba toda suerte de consuelos y buenas frases, y á que en manera alguna olvidaba á mi madre. Varias veces me apalearon en aquella familia y ¡horror! más de una vez fui atada y suspendida pies arriba, cabeza abajo.»

Para mejor inteligencia de lo que la buena Religiosa acaba de decirnos de su niñez, bueno será advertir que en la Provincia en que yo vivo, las niñas, *al pasar* de la casa de sus padres á la de su esposo, van allá ciertamente como pudiese ir un objeto vendido, toda vez que han sido realmente vendidas por sus padres, y las más de las veces ni conocen ni han visto nunca á su marido. Varios años antes del matrimonio se hace el contrato esponsalicio, que entre paganos tiene lugar frecuentemente cuando los niños cuentan dos, tres ó cuatro años de edad, y antes aun de este tiempo. No son pocos los padres que venden una misma niña á diversas familias bajo el título de contrato esponsalicio, de donde se originan riñas y pleitos que tienen muy sin cuidado á los padres, importándoles un pito que su hija sea de la familia A ó de la familia B. Las chicas en

esta Provincia se casan á la edad de 10 á 15 ó 16 años, y las que á esa edad no han encontrado marido, pueden estar seguras de quedarse sin él, y están destinadas, no á vestir santos, como suele decirse por ahí, sino á ser objeto del infame tráfico de la prostitución. Ni es poco frecuente el caso de que las niñas, verificado ya el contrato esponsalicio, contrato de compraventa mejor dicho, pase á formar parte de la familia de su futuro esposo hasta que llegue á la edad competente para que se celebren las ceremonias y ritos matrimoniales. Excuso decir que todo esto tiene lugar entre infieles, pues entre los cristianos rige naturalmente y se observa en todo y por todo el decreto *Ne temere*, del gran Pío X.

Continúa la Religiosa, y dice: «Yo pensaba siempre en mi madre, y hubiera deseado encontrarla. ¿Cómo conseguirlo? Desconocía el camino, y día por día encontraba que las personas con quienes vivía me eran más antipáticas. Un día me llevaron á un campo para recoger raíces de algodón seco para el fuego; las dos mujeres me acompañaban, y cada cual llevábamos un canasto. En esto dejándome sola, entraron ellas en una casa, donde acostumbran pasar largos ratos y días enteros en charlas y habladurías. Yo llevé mi canasto, pero en vez de ir á buscarlas, como me lo dijeron al marcharse, me puse á correr por aquellos campos y andurriales, cuanto me permitían mis pequeñísimos pies mutilados y fuertemente comprimidos al estilo del país. Recuerdo que me fatigué horriblemente, y además no sabía á dónde me dirigía; nadie vino á buscarme, pero ya de noche se apoderó de mí un gran miedo y horror de ser devorada de los lobos, que por allí andan en abundancia, y frecuentemente devoran niños por negligencia y abandono de sus padres. El miedo me daba fuerzas, y no obstante la fatiga, de nuevo púseme á correr. ¡Qué felicidad, Padre de mi alma, qué felicidad! Allá, á lo lejos, veíanse algunas casas, y á todo correr pensaba llegar á alguna de ellas; pero ¡qué decepción cuando corriendo, corriendo, me encontré con un arroyo que me separaba de aquel grupo de casas! Púseme á llorar con toda la fuerza de mis débiles pulmones; nadie me oía. Rendida de fatiga y de hambre, hube de dormir al borde del arroyo. Me desperté, cuando era ya muy entrada la noche, casi de madrugada. Dominada por el miedo de ser pasto de los lobos, quise correr, pero aún me dolían los pies. ¡Eran tan diminutos mis pies! ¡Me los habían vendado y comprimido tan fuertemente en mi casa primero y después más violentamente en aquella otra casa de tristes recuerdos! Así las cosas, noté que por un camino á la otra parte del arroyo bajaba un hombre á caballo, y que dos hombres le seguían á pie, pasó el arroyo, y al observar que yo lloraba, y que del frío, del hambre, y acaso más que del frío y del hambre, del miedo que tenía, me temblaban todos los miembros, acercóseme, y con palabra dulce y cariñosa me preguntó la causa de mis gritos y lágrimas. Yo no sé lo que entonces sentí en mi interior, yo no sabré decir qué suerte de emociones cruzaron por mi alma, lo cierto es que al oír la dulce invitación que aquel hombre me hizo diciéndome que él me conduciría á una casa donde no fuese apaleada jamás, que él me daría una madre que me amase mucho, yo quise seguirle. Me recibió en sus brazos y me condujo á una casa no muy lejana de

allí. Durante el tiempo en que iba en brazos de este buen hombre, mi corazón se había tranquilizado; tenía él una fisonomía, como no la he visto nunca, y recuerdo que entre otras cosas me dijo que él había de darme dos madres, una de las cuales me proporcionaría la comida, me vestiría bien, etc., y la otra, que era más buena aún y más hermosa, á la cual, sin embargo, no podría ver por ahora sino más tarde, si fuese buena y obediente. Al entrar en aquella casa yo pude observar que aquel hombre era recibido con demostraciones de mucha consideración y respeto; que todo el mundo, no sólo de la familia, sino también otros vecinos, le hacían el *hot'ou* (saludo chino), que al encargar él á la madre de familias que me recibieran y cuidasen como á sus propios hijos; que me trataran con toda la posible bondad; que me proporcionaran todo lo necesario, cuyos gastos él pagaría; al ver que, en efecto, aquella mujer obediente y hasta contenta me recibía en sus brazos con mucho cariño, y al entender la sinceridad con que prometía hacer cuanto se le ordenaba, mi contento fué indescriptible. Yo sentí en el alma que aquel hombre, que tan bueno me parecía, se marchara, después de haber dado órdenes tan terminantes, pero, sin embargo, me encontraba satisfecha. Dos ó tres días más tarde mi protector volvía á verme, y esta vez me traía vestiditos floreados de color rojo amarillo, y no recuerdo qué otras cositas más. Y el buen misionero me permitía hacer con él mil picardías; subía á sus rodillas, me hacía saltar en ellas simulando que cabalgaba; yo le mecía, le trenzaba su larga barba, le tiraba de la misma, y él todo me lo consentía, todo me lo perdonaba, excepto si en alguna de sus visitas le decían que no había querido aprender á rezar, pues entonces me amonestaba y reñía, pero con cariño tanto, que así y todo yo no quería estar sin él, y me empeñaba en aprender algún rezo nuevo para cada vez que á verme venía... Ya sabe, Padre mío, quien era aquel misionero, era el P. Atanasio Goette.»

Dos palabras no más me permitirá añadir aquí acerca de este ilustre misionero, cuya memoria queda grabada con indelebles caracteres en la historia del Vicariato del Shensi septentrional. Nacido en Paderborn (Westfalia), de una acaudalada y piadosísima familia, siguiendo los impulsos de la vocación divina, abrazó el estado religioso en los claustros franciscanos de su ciudad natal, de donde á causa de la persecución suscitada por Bismark por los años de 1872, tuvo que salir desterrado para los Estados Unidos de la América septentrional, donde terminados brillantemente sus estudios recibió la ordenación sacerdotal. El P. Atanasio estaba destinado por Dios para empresas arduas y gloriosísimas en otros mundos, donde probara su virtud y su celo por la salvación de las almas. Un año después de su ordenación pasó á este Vicariato, y tal empeño puso en aprender con la mayor perfección la difícil lengua china, y tal esmero en asimilarse las costumbres del país y hasta las más insignificantes ceremonias del ritual chino, que causaba admiración y entusiasmo á los mismos mandarines y gobernantes, á los cuales por este motivo se hacía tan simpático que obtenía de ellos cuanto quería en favor de nuestra sacrosanta Religión. De naturaleza robusta, dotado de un corazón todo cari-

dad y amor para con el prójimo, trabajó él solo por espacio de 24 años, en un lugar en que hoy no son suficientes tres sacerdotes. Cristiandades las más florecientes del Vicariato, frecuencia de Sacramentos y Comuniones diarias, según la mente de los Sumos Pontífices, en todas sus Misiones buen número de jóvenes que han consagrado á Dios su virginidad, un sinnúmero de catecúmenos preparándose para recibir el santo bautismo, varias hermosas iglesias, como las habrá pocas en China, construídas por él bajo su dirección con limosnas obtenidas en Europa, he ahí en resumen el apostolado de este heroico misionero, gloria de nuestra seráfica Orden.

Tan relevantes dotes tuvo sin duda en cuenta el Romano Pontífice para encomendarle una porción del rebaño de Jesucristo al nombrarle Obispo, con el título de Lampa y Vicario Apostólico del Shensi. En el reverendo P. Goette sobresalían especialmente las condiciones indispensables á un Obispo, consignadas por San Pablo en sus epístolas, y que nuestro insigne compatriota, el gran Arzobispo de Sevilla, San Isidoro, compendia en estas dos palabras: Ciencia, Virtud. En una palabra, el lema de su escudo era éste: *Charitas urget nos*, y lo cumplió perfectísimamente, lo cual es el mejor elogio que de él puede hacerse, lo que compendia el cúmulo de virtudes de su alma privilegiada. ¡Descanse en paz nuestro amado Pastor de imborrable recuerdo!

«Poco á poco, con las instrucciones que recibía en aquella familia, con las que frecuentemente me daba el P. Atanasio, iba yo conociendo los misterios y verdades de nuestra santa Religión; así que después de algunos meses me consideraron apta para recibir el santo sacramento del Bautismo, que el mismo Padre me administró, poniéndome por nombre el de la augusta Madre, Reina de los Angeles, María. Así pasaron cuatro años próximamente, durante los cuales era yo feliz, formando parte de aquella familia. Como me lo había el Padre misionero prometido, tenía un buen padre y tierna madre, y hermanos queridos, á quienes amaba, y quienes á su vez me amaban también. En el entretanto la salud del Padre misionero dejaba mucho que desear; debido, no me cabe duda, á sus trabajos, sentía frecuentes molestas enfermedades; hubo de consultarse con médicos del país y creo que también con algunos de los europeos de Sianfu, los cuales le aconsejaron regresara por algún tiempo á su patria, donde con el descanso y renovación de aire podría reparar fuerzas perdidas. Aún recuerdo la dolorosa impresión que en todo aquel distrito causó, lo mismo entre los cristianos que entre los paganos, la partida de quien por todos era considerado y venerado como verdadero Padre. Millares de hombres le acompañaron por espacio de algún tiempo, con exclamaciones y lágrimas del más profundo sentimiento; el Padre lloraba también, y á caballo como iba, no cesaba de hablar á cuantos le rodeaban prometiendo, con el favor del Cielo, volver á no tardar ó curado de su enfermedad, ó si ésta no tenía remedio, enfermo y todo, diciendo quería morir en China.—El Padre Atanasio yo no sé qué veía en mí, siendo tantas las niñas de la Santa Infancia en su distrito, á quienes tenía que atender y socorrer. Sola yo fuí la predestinada (permítame, Padre, esta expresión nacida del fondo de mi alma agradecida), pues que al volver á su Patria

quiso recogerme, y para ser mejor atendida y socorrida me condujo él mismo á este santo orfanotrofio de Tung-yuan fang.—Y ¿qué más, mi venerado Padre? Aquí llegué y aquí me encuentro bendiciendo las misericordias de Dios en sus obras.—He profesado en este bendito Instituto de Franciscanas Misioneras de María. Ruegue al Señor haga de mí una buena Religiosa, obediente y fiel á mis obligaciones hasta el último aliento de mi vida.—¡Amén, Dios mío! Así sea, María, Madre Santísima.—Así sea.»

Hasta aquí nos ha hablado de sí la amable Religiosa. Permítame para terminar añadir pocas palabras más acerca de esta hermosa alma. En el orfanotrofio ha sido el ejemplo de todo el mundo por su hermoso corazón, por su caridad sin límites, si me es permitido hablar así, por su paciencia inquebrantable, por su obediencia ciega, por su piedad, por su devoción en los actos religiosos. El año de 1900 fué año de barbarie y de triunfos en el Imperio de la China. De barbarie por parte de los paganos, de triunfos y de gloria para los ilustres confesores de Jesucristo. En el Shansi, Vicariato próximo al nuestro, dos ilustres Obispos, varios sacerdotes, siete monjas Franciscanas Misioneras de María é innumerables cristianos de toda edad, condición y sexo, con los ojos al cielo, la paz en sus corazones, la sonrisa en el rostro y el canto sublime del *Te Deum* en sus labios, sucumbieron bajo la cuchilla de los boxers.—Tristes rumores de incendios, ruina y desolación venían percibiéndose también en este nuestro Vicariato. En circunstancias tales y previendo sucesos, el señor Obispo hizo que las monjas huyeran á lugares ocultos entre montañas, ordenando al mismo tiempo que las niñas del orfanotrofio se ocultaran en casas particulares...—Nuestra joven Tung-tcheng no quiso de manera alguna separarse de las monjas europeas, pidiendo con vivas lágrimas acompañarlas doquiera que ellas fuesen, á la vida ó á la muerte. «Si ellas mueren por Jesucristo, decía arrodillada ante el Obispo llorosa y conmovida, con ellas quiero morir, quiero ser partícipe de sus sufrimientos con la gracia de Dios, y de su corona inmortal.» Viendo tan inquebrantable su resolución, el señor Obispo convino en ello. No es fácil describir lo que la heroica joven sirvió á las monjas europeas en su larga y penosa peregrinación; ella corría de una parte á otra valiéndose de las garantías, que le daba su sexo, recogiendo cuantas noticias se propalaban acerca de la inminente persecución, y luego, de noche la mayor parte de las veces, volvía á su nido para comunicar á sus amigas y hermanas (que como tales las consideraba), las nuevas que hubiese, fuesen buenas, fuesen tristes y desconsoladoras. Cesó por la gracia de Dios la cruel persecución, y volvió á la Santa Infancia para ser otra vez modelo de virtudes.

En fin, hace cinco años fué admitida al hábito religioso de las Franciscanas de María, y habiendo terminado felizmente el noviciado y el trienio de votos simples, la hemos visto estos días desposarse perpetuamente con el Cordero Inmaculado. Que el Señor le conceda abundancia de gracias y celestiales dones hasta su perseverancia final.

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA,
Misionero Apostólico.

China (Shensi), Marzo de 1911.



MOGOLIA.—ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN UN PATIO DEL PALACIO IMPERIAL DE JEHOL.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 159)

LOS MÁRTIRES DE UGANDA

RELACIÓN TOMADA DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DEL AFRICA CENTRAL
POR UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

4.—El sacrificio en la isla

A LA mañana próxima el redoblar de los tambores y los resonantes ecos de los cuernos de concha llenaban los aires.

En la larga y ancha carretera, que desde el castillo conducía al valle, reinaba gran agitación. Solos ó en pequeños grupos dirigíanse los hombres á las orillas del lago. Allí y en fila interminable, tocándose barca con barca, veíase una verdadera flota. En las primeras embarcaciones tomaron puesto los cazadores de hipopótamos, provistos de pesados arpones. Iban luego las lanchas de los cazadores de leones, armados casi todos de escopetas. A éstos seguían los cazadores de espada, cuya defensa se reducía á un arma de esta clase, como de tres pies de largo por dos pulgadas de ancho, con la cual acometían impertérritos cuerpo á cuerpo á las fieras más poderosas y aun á los mismos elefantes. Apenas el rey se instaló á bordo de su embarcación, pusieron en movimiento los botes, y los tripulantes empezaron á cantar al compás de los remos. El próximo término de la expedición lo constituía una pequeña ensenada. Dejaron en ellas las lanchas y saltaron en tierra los caza-

dores. La primera batida la dedicaron al rey de las fieras, al león. Osados penetraron los súbditos de Muanga en los bosques. Al punto resonaron los primeros disparos y momentos después arreciaba el fuego y sobre el lago se repetían los ecos estruendosos del tiroteo.

Para la caída de la tarde habíase dispuesto un soberbio y original espectáculo. A la entrada de los caldeados bosques habían amontonado los cazadores haces secos. Prendieron fuego y volvieron presurosos hacia el lago y se acomodaron en las barcas. Tan pronto como el fuego tomó cuerpo, levantóse un estruendo ensordecedor. Los leones saltaron rugiendo de sus guaridas; tímidas gacelas huían espantadas de las llamas y terribles serpientes venenosas arrollaban y extendían sus anillos con la rapidez que la altura de la hierba permitía y se dirigían al lago. Allí les esperaban los cazadores con sus fusiles y recibieron á las furiosas fieras con una lluvia de balas.

Al cerrar la noche, las llamas de los bosques incendiados iluminaron largo tiempo todavía el cielo y lanzaron encendidos y sangrientos reflejos sobre las tranquilas aguas del lago.

A la mañana siguiente púsose en movimiento la flota

por tiempo
hipopótamo
bre, debían
tes» al dio
gente. San
se había u
primeros á
como si b
dumbre, p
rey, pasan
baja al pas
«¿Qué q
sacerdote
«Ofrece
aguas y no
«¡Así se
Con esto
miserables
gicas, los
veces con
migo que l
amigo, ru
rescata su
Al oír e
blancos de
reino. Des
morirán to
Entonce
separó las
vientre. E
«¿Qué
«Msimu
propios oj
mal agüer
«Pregu
Muanga.»
Conform
rra y grit
de sí Msi
la sangre
Dicho e
tierra, y
decir: «E
dice Msi
arrojó de
turna se
dencia de
su corazón
ha propor
caen las
blancos y
de Muang
barbudos
el sobera
hipopótam
fuerzas y
inmediat
las llama
prestada
Descor
ta: Sin
morir.»

por tiempos; pues aquel día iba á tener lugar la caza del hipopótamo. Antes, sin embargo, según antigua costumbre, debían ofrecer un sacrificio en la «Isla de los Puentes» al dios Msimu. Allí, pues, acampó Muanga con su gente. Sambo, que por cierto no tenía nada de cazador, se había unido también á la regia comitiva. Saltó de los primeros á tierra y miró angustiosamente en torno suyo, como si buscase á alguien. No duró mucho su incertidumbre, pues un viejo y repugnante negro se dirigió al rey, pasando por junto al encantador y diciéndole en voz baja al pasar: «Todo está dispuesto, ten buen ánimo.»

«¿Qué quiere mi rey soberano Muanga?» exclamó el sacerdote de Msimu.

«Ofrece el sacrificio á tu dios, para que serene las aguas y nos brinde rico botín.»

«¡Así sea! ¡así sea!»

Con esto alejóse el viejo y tornó muy pronto con dos miserables chivos. Pronunciando algunas fórmulas mágicas, los ató fuertemente al suelo y los roció repetidas veces con agua del lago. «El rey tiene un poderoso enemigo que le ha robado el corazón, y se da el nombre de amigo, rugió el viejo encantador. Si el soberano no rescata su corazón, está perdido.»

Al oír esto, exclamó temblando Muanga: «Cierto, los blancos deben morir. Quieren robar mi corazón y mi reino. Desagravia al dios. En cuanto vuelva á mi casa, morirán todos los que tratan con los blancos.»

Entonces siguió su curso el sacrificio. El sacerdote separó las patas de los animales y les dió un tajo en el vientre. Horrorizado al parecer, retrocedió gritando:

«¿Qué pasa?» preguntó el soberano.

«Msimu no acepta tu sacrificio. Ven y mira con tus propios ojos. La sangre que corre es negra. Eso es de mal agüero.»

«Pregunta al dios por qué rechaza los dones de Muanga.»

Conforme á esta petición, tendióse el adivino por tierra y gritó con voz poderosa: «¿Por qué rechaza lejos de sí Msimu el sacrificio del soberano y no quiere beber la sangre de los animales?»

Dicho esto, mantuvo unos segundos el oído pegado á tierra, y de un salto se colocó ante el rey y empezó á decir: «El soberano Muanga es un gran insensato. dice Msimu. Su padre. Mtesa procedió bien, cuando arrojó de su país á los blancos. ¿Acaso alguna ave nocturna se ha sorbido el espíritu del rey ó es que la prudencia del padre no la heredó el hijo? ¿Por qué aparta su corazón de los Lubalis y lo vuelve á Kalonda? ¿Le ha proporcionado Kalonda rico botín de caza? Al oriente caen las puertas de Uganda. De allí vendrán hombres blancos y arruinarán el país; Msimu se ríe de la locura de Muanga. El rey es un niño, dice, y cree que esos barbudos extranjeros, que le rodean, son sus amigos; si el soberano se lanza al lago á cazar, lo devorará un hipopótamo, al que los extranjeros han prestado sus fuerzas y su espíritu. Es preferible que el rey vaya inmediatamente á la ciudad y arroje á los extranjeros á las llamas, antes de que hayan recobrado las fuerzas, prestadas á las fieras.»

Desconcertado ordenó Muanga emprender la vuelta: Sin cesar, repetía estas palabras: «Tienen que morir.»

Por supuesto que todo el sacrificio no pasó de ser un solemne engaño. Sambo había enviado al sacerdote de Msimu un veneno, para que lo diese á los animales, y así, al matarlos, corriese negra la sangre. Las palabras del oráculo también se las había inspirado él al repugnante viejo.

5.—Un acontecimiento imprevisto

A la orilla del lago sostenían animada conversación dos hombres. La medalla de la Madre de Dios, que llevaban al pecho, daba á entender que eran cristianos.

«No hay otro remedio, dijo Mkasa, que así se llamaba el uno, en cuanto llegue el rey, tenemos que descubrirselo todo.»

«Si todo hubiera ya pasado felizmente,» opinó el otro.

«Verdaderamente nadie reconocería en Andrés Kagua á tan bravo guerrero, si te viera tan abatido y cobarde,» replicó José de nuevo.

«El temor no es por mí. Mucho más me inquietan los Padres blancos y todos los que con la gracia de Dios se han hecho cristianos. Conoces al rey tan bien como yo, y sabes que es más fácil domar á un tigre, que apaciguar su cólera. Su furor debe ser grande ahora, como lo indicaba el mensajero, que, pocas horas ha, vino por el lago.»

«¿Un mensajero? ¿quién era él? ¿qué quería?»

«¿No has oído tú nada?»

«No. Yo estaba con los Padres hasta que he venido aquí. Cuéntamelo todo.»

«Cerca del medio día me dirigí por allá arriba, hacia los jarales del lago, para tomar un baño. Antes de llegar, vi una barca que se acercaba á la orilla. El navegante seguramente tenía prisa; porque remaba con todas sus fuerzas. «¡Hola! grité yo, si eres wagunda, dime, ¿qué pasa? ¿Ha acontecido alguna desgracia al soberano?—Negra tempestad se cierne sobre Uganda, fué la respuesta, los ojos del rey despiden rayos, cuyo fuego ha de abrasar á los cristianos.» Al llegar la barca á la orilla, desembarcó de ella Kuragi. Bien sabes, José, que él no nos ve con buenos ojos, desde que recibimos el agua del bautismo. En cuanto me reconoció, me dijo sonriendo: «¿Hola, Kagua, estás ya preparando el fajo de cañas para mañana?—¿Qué quieres indicarme con eso?—Eso te lo dirá el rey,» y me cuchicheó al oído una siniestra historia.»

Andrés contó á su amigo José todo lo sucedido en la isla, según lo había oído al mensajero. Apenas terminó, dijo éste: «Quédate aquí y ten mucho cuidado de descubrir á tiempo la vuelta del rey. Entretanto voy yo volando á los Padres, para pedirles consejo.»

No había pasado una hora, cuando se divisaron á lo lejos en el horizonte pequeños puntos negros sobre el lago. Fueron creciendo rápidamente, y pronto se aseguró Andrés de que se acercaba la flota de Muanga. Inmóvil permaneció en su puesto y aguzaba el oído, inclinándose sobre el agua. Ni un canto, ni un grito, reinaba un silencio de muerte. «Esto es de mal agüero,» murmuraron sus labios; desapareció y momentos después se hallaba en la Misión.

Al acercarse la noche, hallábase el rey solo, sentado en su choza. Súbitamente entraron en ella dos hombres, eran José y Andrés.

Como picado de una víbora, alzóse Muanga, al verlos en el umbral. «¿Qué queréis vosotros aquí, traidores? gritó encendido en cólera. ¡Mi espada, que me traigan mi espada!»

«Serénate, señor, dijo José, nosotros venimos para salvarte.»

«Salvadme, sí, dijo en tono de súplica el tirano; salvadme de esos hombres repugnantes, que rezan con los blancos. Pero no. ¡Fuera de aquí, sois verdaderas serpientes, vosotros pretendéis asesinar me! ¡Mi espada, mi espada!»

«Tus enemigos no son los cristianos, señor, empezó á decir Andrés, sino Katikiro, Kuragi y otros, que constantemente tienes á tu lado.»

«Mientes.»

«Yo quiero morir á tus manos, Muanga, si falto en lo más mínimo á la verdad. Oyeme tranquilo y después haz de mí lo que te plazca.»

«Habla. ¡Ay de ti, si tu corazón trama un crimen ó tus labios dejan escapar falsas palabras!»

Contáronle entonces José y su compañero la conjuración de Katikiro, Sambo, Mbagá y Alí, que el niño Kakteko había sorprendido días antes, y añadieron sus propias observaciones.

Cuando terminaron, rompió el rey en sentidas quejas y exclamó: «¡Ay de mí, voy á ser seguramente el último soberano de Uganda! Los blancos me tienden asechanzas y mis propios esclavos quieren darme la muerte... ¡Si nunca hubiera yo admitido en mis tierras á esos maestros extranjeros!»

«Señor, replicó Andrés, bien sabes que yo soy un valiente guerrero y que las balas de mi fusil hallan siempre el camino recto para el corazón del enemigo. Mira, rey, mientras yo pueda mover este brazo, no tocará tu cuerpo la punta de una lanza.»

«Esa es la verdad, Muanga, exclamó José, del mismo modo que mi amigo, sienten todos los que rezan con los blancos. Su pecho será un muro ante tu persona y sus ojos velarán por tu cabeza. Pero ahora desiste de amenazarlos con las llamas. No quieras ofender sacrílegamente á Kalonda (Dios), que nos ampara con su patrocinio.»

«Si son ciertas vuestras palabras, deben morir los traidores y á vosotros os concedo mi perdón.» Así habló Muanga y despidió á los dos cristianos.

En cuanto se alejaron, llamó á un paje y le mandó traer su espada. En seguida y á pesar de lo avanzado de la hora mandó llamar á Katikiro. Gozoso acudió éste al mandato de su señor, pues no podía imaginar que le llamase sino para darle nuevas órdenes contra los cristianos. Qué sorpresa la suya cuando el tirano le dijo encendido en cólera: «Miserable, ¿cómo te has atrevido á poner asechanzas á mi vida? ¡Muere, traidor!» Al decir estas palabras, descargó el rey sobre él su espada, que hubiera hecho rodar seguramente por los suelos la cabeza del primer ministro, si éste, ágil como un gato, no hubiera saltado á un lado.

«¡Detente, señor, detente, quiero confesártelo todo!» exclamó el desgraciado, arrojándose por tierra á las plantas de su señor; me han calumniado ante ti, señor.

«Tus palabras son maldito veneno, rugió Muanga. ¿No estabas tú con Sambo, Mbagá y Alí, cuando con-

juraron contra mi vida? ¿no sabes tú que la lanza de Kuragi debía darme la muerte, para que mi hermano fuese soberano de Uganda?»

Cuando el cobarde vió que todo se había descubierto, se acogió á la mentira y echó toda la culpa á sus compañeros. «Rey, empezó á decir, que tu espada me parta el corazón, si siente de otro modo que cual se expresan mis labios. Sí, yo estaba con aquellos miserables; pero estaba únicamente para salvar tu vida.» Envolvió entonces Katikiro al príncipe en una trama tal de repugnantes mentiras, que al fin su señor le dió crédito y dijo: «Si no te hubiera hallado fiel, tu muerte era segura y Mkasa hubiera ocupado tu puesto, como Kagua ocupará el de jefe del ejército en sustitución de Kuragi. Véte ahora y di á los traidores que, si el ojo del rey, cuando mañana llegue el sol al cenit, los descubre en la ciudad, serán arrojados á las llamas.»

Katikiro se retiró en silencio. Cuando ya se había alejado un buen trecho de la choza del rey y no vió á nadie cerca de sí, empezó á hablar á media voz consigo mismo: Está bien... ¿conque Mkasa había de ocupar mi puesto? él me la pagará. Los cristianos han de ser pasto de las llamas, si no es hoy, será mañana; ahora lo que urge es comunicar á los otros la sentencia. Sambo se prestará seguramente á apoyar mis planes.»

Cuando el adivino y sus colegas Mbagá y Alí oyeron la sentencia del rey, se enfurecieron los malvados; tanto más cuanto que presentían que sus planes habían sido descubiertos por los cristianos. Katikiro se encogió fríamente de hombros ante sus maldiciones y opinó que por lo pronto debían resignarse á todo. Sambo se irritaba ante la aparente indiferencia de su amigo; pero eso era precisamente lo que el ladino pretendía, porque podía ser útil á sus planes.

«¡Tienen que morir!» gritó el adivino con rabia.

«Sí,» contestó secamente Katikiro.

«¿Pero cómo?» repuso furioso Sambo.

«No lo sé,» fué la respuesta.

«¡Traidor! rugió entonces el primero, tú nos has delatado á Muanga, para alzarte solo con el premio y los bienes de los cristianos.»

«No seas loco, Sambo; por la menor réplica me hubiera abierto el rey la cabeza, como se abre la cáscara de un coco; tan furioso estaba. Por lo demás, espero que tú has de volver pronto. Arriba al oriente y del otro lado del lago puedes vivir, mientras cambie un par de veces la luna. Tú sabes el temor que Muanga tiene á los ingleses. Pues bien, si tú ó alguno de tus amigos oís algo acerca de ellos, haced que yo lo sepa; tú comprendes que en tal caso la cabeza de un cristiano no está más segura sobre los hombros que la de un gallo en el sacrificio. Pero ahora nos debemos separar. Pronto se levantará el sol sobre el Nyanza, y cuando llegue á lo más alto de su carrera, debéis estar muy lejos de aquí.»

6.—Un asesinato y los primeros mártires

La ira del rey se había disipado. Los cristianos le habían salvado la vida; por ello se hallaba resuelto á protegerlos en lo porvenir contra toda inconveniencia. No pensaba lo mismo su primer ministro. No podía él perdonar á José y á Andrés que hubieran llegado á descu-

brir sus cábalas. Aunque por el momento no podía dar rienda suelta á su odio, lo conservaba sin embargo tanto más violento, cuanto más oculto. Desgraciadamente bien pronto se le había de presentar una ocasión, para llevar á cabo sus planes de exterminio contra los cristianos. Una tarde hallábase sentado Muanga ante su choza y miraba complacido el extenso lago, en cuyas ondas rielaban los últimos rayos del sol. Presentóse Katikiro, y dijo el rey: «Mira, desde que el malvado Sambo y sus colegas han desaparecido, hay paz en Uganda y yo me siento feliz. Podemos empezar pronto de nuevo las interrumpidas cacerías. ¿No es verdad que los árabes con

sus amuletos son unos farsantes? Mira, mira, por allá vienen dos maestros ingleses (misioneros anglicanos); ¿qué buscarán aquí?» Efectivamente los tales maestros acababan de llegar.

«Soberano, dijo uno de ellos, nuestro señor, cuya autoridad es grande y cuyo séquito es muy numeroso, se halla á la parte oriental del Nyanza. Si Muanga lo ordena, sus barcos atravesarán el lago y traerán á nuestro señor á esta comarca. El dará las gracias al rey y será por siempre su amigo.»

«Quiero ver lo que mi espíritu resuelve. Está bien.» Con esto se levantó el jefe y despidió á los mensajeros.

(Continuará).

BIBLIOGRAFIA

El miedo de vivir, por Enrique Bordeaux. Novela premiada por la Academia francesa, y traducida de la 60.^a edición por Juan Gil Angulo, catedrático de literatura del Instituto de Salamanca; ilustraciones de E. Pascual. Un volumen de 376 páginas, en rústica, ptas. 3; en tela inglesa, ptas. 4. «Biblioteca Emporium.»—Gustavo Gili, editor. Barcelona.

Es novela magnífica, de alto sentido moral; un soberbio catarazo dado de mano maestra al egoísmo, y á eso que el autor llama miedo de vivir, que no es sino un repugnante espíritu de especulación, frío y cruel, aplicado á los más íntimos sentimientos del corazón. A más de la vida del placer ó de la simple comodidad, ha existido y existirá siempre la vida del desinterés, del sacrificio, del heroísmo obscuro y tenaz que lucha porfiadamente, sin dar nunca el brazo á torcer ante cualesquiera adversidades que le asalten, y esa canta el autor con toda la prodigiosa fuerza de su estilo enérgico, brillante y preciso, que delata á un escritor de cepa.

Tipos como el de Mme. Guibert son por sí solos un monumento, y la gloriosa muerte de su hijo, aureolada con el nimbo de la celebridad, un remordimiento que la vigorosa pluma del autor transmite á la posteridad para eterno baldón del egoísmo y de la cobardía, personificados en la joven que aquel noble soldado pensaba unir á sus destinos con el vínculo santo del matrimonio.

No creemos que en nuestra decadente sociedad actual pueda darse nada más vigorizador, así para la juventud, como también, y quizás principalmente, para los padres de familia, abriéndoles á todos, luminosos horizontes de vigor y de fuerza moral de los que tan faltas están las sociedades modernas.

Para la traducción castellana el autor ha corregido algunas rudezas realistas que sobran en el original francés.

Vida de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre María, según las visiones de Ana Catalina Emmerich. Edición española por Guillermo Jünemann. Aprobada por el excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Friburgo. Con un grabado. En 8.^o (XX y 508 págs.). En rústica, Fr. 5; encuadrado en tela, Fr. 6.—B. Herder, editor. Friburgo.

Son estas visiones no sólo uno de los más bellos y preciosos libros de piedad, impregnado de suavísimo perfume, sino también riquísimo venero de ciencia sagrada. En ellas vienen á beber inspiración los teólogos, exégetas, místicos y artistas cristianos. La figura del Hijo de Dios, tal como Ana Catalina la traza en sus visiones, tiene mucho de la sublime sencillez de la que nos pinta el Evangelio. Mano humana no ha podido pintar así. Díganlo, por nosotros, todos los mayores artistas, tan impotentes para reflejar en sus obras algo siquiera

de esa adorable imagen. Esta manera llanamente humana y altamente divina de presentar á Jesucristo, parece ser una de las mejores pruebas de la verdad del libro.

Pero sean ó no verdaderos los detalles que las bajo todos conceptos hermosísimas visiones de Ana Emmerich contienen, lo que sí lo es indiscutible, es que son piadosísimas, que respiran el más acendrado amor á Jesús, á María y á José, que conmueven el corazón y avivan en él los más elevados sentimientos. Las recomendamos, pues, á nuestros lectores, como excelente libro de meditación.

La flor maravillosa de Wovindon, novela histórica de la época de Isabel de Inglaterra, por el P. José Spillmann, S. J., ilustraciones de Francisco Sardá —Biblioteca *Las buenas novelas*. B. Herder, editor, Friburgo de Brisgovia. Alemania. Precio: fr. 4'25 en rústica y 5 en tela —Esta obra no es mera obra de imaginación: los hechos que cita son exactos; el autor, tal como deberían hacer cuantos escriben novelas que titulan históricas, se ha tomado el trabajo de comprobarlos por severas investigaciones. Y por esta razón se lee con muchísimo mayor gusto, porque sabemos que deleitándonos ante el arte en que el docto Jesuita alemán hace revivir la época y sus personajes, nos instruimos á la par, conociendo en todos sus detalles la funesta conspiración de Bábington que llevó al cadalso á María Estuardo y acabó con las esperanzas de los católicos ingleses en el siglo XVI. La historia de una familia católica, víctima inocente de la citada conspiración, mantiene vivo el interés del lector, quien en el desarrollo de los sucesos encuentra cuadros hermosísimos de la vida política y privada y de las enconadas luchas de aquellos tiempos. Y no es esto sólo; la novela del P. Spillmann es una valiente acometida al Protestantismo cuyo bastardo nacimiento describe, cuyos errores y contradicciones evidencia. Si las obras del P. Spillmann, S. J., llegaran á nuestras manos con las galanuras de estilo que aumenta el acrisolado mérito de las novelas de costumbres é históricas de nuestro P. Coloma, S. J., diríamos, para que nuestros lectores pudieran formarse idea del valor de las numerosas obras del Jesuita alemán, que el P. Spillmann es el P. Coloma de Alemania. Y con esto creemos haber hecho el mejor elogio de las varias obras suyas que conocemos.

Jesús Grande, es la última parte de la que podemos llamar Trilogía, que la compone con las tituladas *Jesús Bueno* y *Jesús Santo*, que conocen todos nuestros lectores. Su autor, el P. Gallerani, de la Compañía de Jesús, así como en el primero se propuso inspirar á sus lectores la confianza hacia el

divino Maestro, y en el segundo el deseo de su imitación, en este tercero quiso despertar en aquéllos el sentimiento de la admiración, con lo cual cierra hermosamente el círculo de poderosos estímulos para que se le ame y busque por el alma como su más preciado tesoro, y el único digno de sus más levantados afectos. Las grandezas de Jesús en su Encarnación, en su Nombre santísimo, en su Vida, Muerte y Resurrección, en su obra restauradora del mundo, en su Madre, en su Iglesia y en sus Santos, y en su espiritual reinado sobre las inteligencias y corazones, son otros tantos hermosísimos puntos de vista que recorre el autor, ayudado en esta edición con las magnificencias de una traducción castellana que en algunos capítulos, como en los dos primeros sobre todo, recuerda los mejores modelos de nuestro siglo de oro.

Que Dios bendiga estas obritas cuya lectura será provechosa y agradable á las almas devotas del Sagrado Corazón y de Jesús Sacramentado, y que en el vestíbulo del Santuario, en el recinto de los sagrados claustros y en el hogar de las familias cristianas, enseñen á confiar en Jesús, á imitar á Jesús, á ser fieles y rendidos vasallos de Jesús bueno, santo y grande.

Principios fundamentales del Derecho Penal, estudio filosófico jurídico, por el P. Víctor Cathrein, S. J., traducido por el Padre José M.^a S. de Tejada, S. J., doctor en Filosofía y Letras. —Gustavo Gili, editor. Barcelona. —En España el Código penal rige hace cuarenta años con carácter *provisional*. Esto quiere decir que un día ú otro será á lo menos reformado. Y que esta reforma se avecina, parece probarlo que en Marzo de 1910 se nombró por R. D. una Comisión que debe trabajar en prepararla. La obra del P. Cathrein, sabio sociólogo y filósofo de todos los amantes de estas ciencias conocido y respetado, se publicó en Alemania al año de haber la secretaría de Justicia del Imperio encargado á varios profesores el estudio de determinadas cuestiones de Derecho penal y á una Comisión que elaborase el proyecto de una nueva ley de Procedimiento criminal: complemento y resultado de estos estudios había de ser el Proyecto del nuevo Código Penal. Como dejamos dicho, también en España hace un año que se ha nombrado la Comisión para reformarlo: luego la traducción española aparece con igual oportunidad que el original en Alemania.

El P. Cathrein expone los principios que la escuela clásica declara fundamentales del Derecho Penal y los que á ella opondrá la escuela sociológica criminalista. Los estudia comparándolos. Prescinde ó poco menos de la desacreditada y por la evolución de su actual jefe casi muerta escuela antropológica, para concentrar toda su atención y la aplastante fuerza de sus argumentos contra la escuela sociológica de que es jefe Franz Van Liszt, señor de cuyas ideas están excesivamente enamorados no pocos de los actuales criminalistas españoles.

El Derecho penal y el libre albedrío, la imputabilidad criminal; culpa y crimen; diferentes clases de culpa y de crimen; concepto y fin del castigo; división y diferente tratamiento de los criminales según la escuela sociológico-criminal, tales son los principales puntos que en otros tantos capítulos expone y critica el docto autor con orden, claridad y ciencia admirables.

Es libro que hará mucho bien no sólo á los jóvenes estudiantes de Derecho Penal, sino también á cuantos se preocupan, y ojalá fueran muchos más de los que son, de las trascendentales cuestiones con el Derecho Penal relacionados.

El Diario de María, novela, por Raquel (D.^a Matilde Troncoso de Oiz). *Librería Católica*, Pino, 5. Barcelona. —Cuanto hemos tenido la dicha de nacer y crecer en hogares visitados

por Revistas católicas, conocemos y queremos á Raquel desde que sabemos leer; sus novelas cortas, sus poesías y sus novelas largas, nos la hicieron simpática primero, y cuando ya grandullones fuimos capaces de admirar, nos convirtieron en admiradores suyos. ¡Qué deliciosas horas las pasadas saboreando las páginas, por ejemplo, de *Layeta*, la muchacha incomparable, cuya belleza encanta y cuya virtud seduce, ó las que describen los amores de Fermín, joven que llamado por Dios al sacerdocio, vence el terreno pero casto amor que le tienta, y lejos de traicionar su vocación, á ella sacrifica amor, ilusiones, terrenales esperanzas, *ad majorem natus sum!*... Y Arriela, y Eulalia, y la heroína de *El deber por el deber*, y tantas otras figuras de mujer que encantan... Raquel debería ser la escritora favorita de las muchachas de buen gusto.

A ellas, á las adolescentes, dedica en especial la benemérita escritora *El Diario de María*, que hemos tenido el gusto de recibir y de leer. Raquel es un apóstol, sus novelas deleitan, claro está, si no deleitaran ya no serían buenas novelas, pero deleitando educan, y educan en cristiano, preparando para las luchas de la vida, enseñando los deberes, haciendo apetecible, envidiable la virtud, y pintándonos el vicio tal cual es, odioso, repugnante. María, la del *Diario*, es una niña que, á pesar de sus defectos, sin defectos no hay hombres... ni mujeres, puede servir de modelo: la gentil lectora aprenderá en *El Diario de María* «la generosidad, el valor, la pureza de intención, la dulce bondad, hijas del vencimiento propio,» y también «que la educación cristiana eleva el entendimiento, purifica el corazón y poco á poco va formándolo, robusteciéndolo en la virtud, y haciéndolo fuerte para emprender las luchas de la vida;» aprenderá á vivir en la presencia de Dios, medio el mejor para ser siempre buena; á que allí donde Él la ponga hija, esposa ó madre, debe ser el consuelo de los suyos, el amparo de los indigentes, la paz del hogar, y, en una palabra, lo que Dios quiera que sea.

Pero esta moral, esta educación, la docta autora no la sermonea, se desprende suave de la narración, de las interesantes escenas, de los conmovedores episodios que esmaltan *El Diario de María*, libro que, creo un deber recomendar muy de veras, á mis gentiles lectoras, pues su lectura tengo para mí ha de serles no sólo gratisima, sino muy útil, con esta utilidad que, si vale la palabra, enriquece el alma, la cual huelga decir que es sin comparación la mejor de todas las utilidades.—M. C. G.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

LIMOSNAS

para coadyuvar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

En el último número olvidóse la publicación del total de las limosnas recaudadas durante el primer semestre del corriente año, **total que importa Ptas. 584'02**, las cuales fueron á fin de Marzo y á fin de Junio remitidas al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe, residente en Lyon, que es el encargado de enviarlas á los misioneros á quienes van destinadas.

¡Dios se lo pague á los amigos y protectores del misionero católico!

Para la Obra de la Propagación de la Fe

Barcelona. — De los Albaceas de D.^a M. de F. 500 Ptas.

Para las Misiones más necesitadas

Esperanza (Rep. Argent.^a). — Honorato Eichleitner. 5 Ptas.

Rápita — Rdo. D. José Cendrós, Pbro. 5 »

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona. — 1911